



Las confesiones de Pedro

Meditaciones sobre
el camino vocacional del apóstol

Carlo Maria Martini

Cardenal Arzobispo de Milán

Las confesiones de Pedro

Meditaciones sobre
el camino vocacional del apóstol



EDITORIAL VERBO DIVINO

Avda. de Pamplona, 41
31200 ESTELLA (Navarra) España
1994

Prólogo

Hubo una vez un monasterio que, a consecuencia de la ola de persecuciones religiosas que se desató durante los siglos XVII y XVIII y la creciente secularización del siglo XIX, se encontró en una situación prácticamente insostenible.

Llegó un momento en que en aquella enorme y decadente abadía no quedaban más que el abad y otros cuatro monjes, todos de edad muy avanzada. Evidentemente, el monasterio estaba condenado a desaparecer.

La abadía estaba rodeada por un frondoso bosque. Y en la espesura había una pequeña choza que el rabino de la ciudad vecina usaba de vez en cuando como lugar de retiro.

En sus largos años de oración y contemplación, los monjes habían desarrollado una extraordinaria sensibilidad. Por eso, casi siempre sabían cuándo el rabino estaba en su cabaña.

Un día, el abad, cada vez más preocupado por la situación de su orden, decidió acercarse a la choza para tomar consejo del sabio hebreo. Pero lo único que éste pudo hacer fue compartir la preocupación del monje.

Los textos bíblicos han sido tomados de *La Biblia*, La Casa de la Biblia, Editorial Verbo Divino.

Título original: *Le confessioni di Pietro*. Traducción: *Dionisio Mínguez*. Portada: *Los enfermos siguen a Pedro*. Manuscrito s. XIV.

© Edizioni Piemme, S.p.A. © Editorial Verbo Divino, 1994. Es propiedad. Printed in Spain. Fotocomposición: Fonasa, Avda. Sancho el Fuerte, 26. 31008 Pamplona (Navarra). Impresión: GraphyCems, Ctra. Estella-Lodosa, Km. 6, 31264 Morentin (Navarra). Depósito Legal: NA.: 381-1994.

ISBN 84 7151 893 7

—El problema —confesó el rabino— no me resulta nuevo. La gente ha perdido la sensibilidad para las cosas del espíritu, y en la ciudad ya casi nadie frecuenta la sinagoga.

Así estuvieron un buen rato, contándose sus respectivos problemas. Luego leyeron juntos unos cuantos pasajes de la Torá y, ya más serenos, se enfrascaron en una profunda disquisición espiritual.

Antes de despedirse, el abad preguntó otra vez al rabino si de veras no se le ocurría algo que pudiera salvar el monasterio y toda la orden de la ruina total que les amenazaba. La respuesta fue concluyente:

—De veras que lo siento; pero no, no se me ocurre nada. Lo único que puedo decirle es que el Mesías está entre ustedes.

De vuelta al monasterio, el abad les contó a sus monjes lo que le había dicho el rabino, y que le parecía tan enigmático. Y ahí quedó la cosa.

Pero el hecho es que, a partir de entonces, durante muchos días e incluso semanas, los monjes no dejaban de meditar sobre las palabras del hebreo. «¿No será el Mesías uno de nosotros?», se decían en su interior. «Bien pudiera ser el abad o, tal vez, fray Tomás, que es realmente un santo. Lo que no parece probable es que el rabino se refiriese a fray Elred, que es tan irascible; aunque nunca se sabe. ¿Y fray Philip? Cierto que es una nulidad, pero cuando se le

necesita, siempre está ahí como por ensalmo; ¿no será él, quizá, el Mesías?

«Y, ¿por qué no puedo ser yo?», se decía el cuarto monje. «No; no es posible. Yo no soy importante. Aunque, pensándolo bien, para el Señor sí que lo soy. Entonces, ¿podría ser?»

Inmersos en estos pensamientos, los monjes empezaron a tratarse con un respeto extraordinario, porque siempre había una posibilidad, aunque remota, de que el Mesías estuviera entre ellos.

El bosque en el que se levantaba el monasterio era un lugar maravilloso. De vez en cuando se llenaba de visitantes que venían a pasear por sus caminos y senderos. Casi sin querer, éstos empezaron a darse cuenta del extraordinario clima de respeto que reinaba entre los cinco monjes y que irradiaba al exterior. Por eso, se animaron a frecuentar el parque con mayor asiduidad, e incluso llevaron consigo amigos para enseñarles aquel lugar tan maravilloso. Y al correrse la voz, unos amigos fueron trayendo a otros y a otros, de modo que el número de visitantes aumentaba continuamente.

Al poco tiempo, uno de los más asiduos pidió unirse a los monjes; y después vino otro, y otro, y así sucesivamente. Al cabo de unos cuantos años, el monasterio se convirtió en un centro extraordinariamente vivo, que irradiaba luz y espiritualidad en toda la región.

También hoy el cristiano vive tiempos difíciles y sólo puede hablar de Dios a los hombres con una vida capaz de testimoniar la fe. Para eso es necesario, más que nunca, repensar los propios orígenes, o sea, el testimonio de los que fueron testigos oculares de la vida, muerte y resurrección de Jesús y que nos transmitieron la fe cristiana.

El presente libro es una recopilación de las meditaciones que el cardenal Carlo Maria Martini, arzobispo de Milán, propuso durante un retiro espiritual dirigido a los seminaristas de Venegono.

El itinerario de Pedro es, efectivamente, una guía del camino vocacional de todo hombre y, por tanto, una ayuda para revisar nuestra situación y reflexionar sobre ella.

No basta contentarse con una fe puramente abstracta, puesto que hay una relación muy estrecha entre el bautismo, que implica una conversión al Dios de Jesucristo, la misión personal de cada uno de nosotros, que es un don de Cristo, y el talante con el que afrontamos la realidad cotidiana, es decir, nuestro modo de pensar, de hablar, de actuar, de juzgar.

El cristiano no tiene por qué sentir miedo, incertidumbre o preocupación frente al «mundo» o frente

a las otras religiones; al contrario, tendrá que redescubrir su propia identidad, la identidad del verdadero discípulo de Cristo, la certeza de que se le ha concedido el Espíritu Santo que actúa en él ensanchando el espacio de su corazón y de su mente para que pueda transparentar el Evangelio, el misterio de salvación ofrecido a todos los hombres. No para persuadir a nadie, sino para contar a todos el inaudito amor del Padre que se comunica a una humanidad sedienta como inagotable manantial de vida.

Introducción: Entrar en la oración de Jesús

« *T*e damos gracias, Señor, porque nos dejas iniciar un itinerario de oración en un clima de comunidad. Guía, Padre, nuestros caminos; pon en nuestros labios palabras veraces; infunde en nuestro corazón sentimientos sinceros; confiere a nuestras manos y a nuestro cuerpo expresiones de auténtica naturalidad.

No permitas que nos comportemos artificial o forzadamente; más bien, aumenta nuestra espontaneidad y nuestra actitud sincera de servicio. Sé tú el sostén de nuestra debilidad, la fuerza de nuestra condición tan frágil. Reúne nuestros pensamientos dispersos; y todas esas energías que se nos escapan al conjuro de cien mil temores y deseos aúnalas en ese único centro de la humanidad que es Jesús, tu Hijo y nuestro redentor. Padre, manifiesta en nosotros a tu Hijo como camino, verdad y vida.

María, madre de los cristianos, que nos acompañas día y noche, que conoces todos los momentos de nuestro camino de fe, todas las

luces y las sombras de nuestra peregrinación, ayúdanos a conocer, alabar, glorificar y ensalzar a Jesús, fruto de tu vientre, modelo, forma, origen y meta de nuestro compromiso con la Iglesia y con el mundo».

Al empezar este retiro, quisiera contaros cómo se perfiló en mi mente el tema sobre el que vamos a reflexionar estos días.

Hace poco, en uno de mis viajes a Roma, bajé a las Grutas Vaticanas para rezar un rato junto a la tumba de san Pedro. De pronto, comprendí que podría resultar muy útil la contemplación del camino vocacional del apóstol como tipo del itinerario cristiano de toda persona.

Por eso, me gustaría ahora intentar, con vosotros, recoger alguna de las experiencias vividas por el propio Pedro, para asociarnos al proceso de maduración que él mismo experimentó en su seguimiento de Cristo. Y lo podríamos hacer proponiéndole algunas preguntas, como, por ejemplo: «Pedro, ¿quién eres tú? ¿Qué es Jesús para ti? ¿A qué pruebas se vio sometida tu vocación?», u otras parecidas. De este modo, podremos adentrarnos en el significado de nuestro camino personal y del momento que nos ha tocado vivir.

Precisamente en aquel rato de oración en las Grutas Vaticanas me pareció intuir la confluencia de dos

elementos que se cruzan en vuestra situación particular: el primero —y que debería darse en la vida de cualquier hombre— es la dinámica de maduración de la fe, que desemboca en una decisión personal por la verdad; el segundo es el camino de clarificación vocacional para responder al plan que Dios tiene sobre cada uno de vosotros.

En nuestra consideración tomaremos como guía los textos bíblicos que describen el caso particular de Pedro. Pero, ya que nuestras reflexiones deben producirse en un clima de oración, empezaremos por leer un episodio tremendamente significativo, que se refiere a Jesús:

«Luego (de la primera multiplicación de los panes), mandó a sus discípulos que subieran a la barca y que fueran delante de él a la otra orilla, mientras él despedía a la gente. Después de despedirla, subió al monte para orar a solas. Al llegar la noche, estaba allí solo» (Mt 14,22-23).

Como veis, el texto es una invitación a contemplar la figura de Jesús en el monte, «solo y en oración». Eso es precisamente lo que se nos pide en estos días de retiro: entrar en la oración de Jesús, hacer suya nuestra oración, participar en el ritmo de su corazón de Hijo que adora al Padre y que le escucha para cumplir su voluntad. Si no unimos nuestra plegaria a la de Jesús, de poco nos serviría reflexionar sobre la figura de Pedro; tal vez, llegaríamos a

comprender intelectualmente el mensaje del Evangelio, pero no cambiaríamos realmente nuestra vida, nuestro modo de afrontar la realidad y las dificultades cotidianas.

¿Qué es la oración?

A este punto, podría surgir una pregunta: ¿Qué es la oración?, ¿cómo se hace para orar?

Es posible que el propio Pedro, maravillado de que Jesús hubiese permanecido tanto tiempo en el monte, se hubiera atrevido a preguntarle: «¿Por qué pasas tanto tiempo en oración? Yo no hago más que aburrirme; y termino tan cansado, que me da la impresión de que pierdo el tiempo. Dime, ¿qué significa orar?»

Por otra parte, la actitud inicial para obtener una respuesta consiste en admitir humildemente que no sabemos orar. Somos capaces, eso sí, de recitar multitud de fórmulas y, con la gracia de Dios, incluso llegamos a vivir algunos momentos de recogimiento o a manifestar una actitud¹ orante tanto interior como exterior. Pero con frecuencia nos quedamos ahí; mejor dicho, a pesar de nuestros intentos, en seguida nos asaltan las distracciones, el cansancio o una especie de nerviosismo, con una sensación de disgusto respecto a una realidad que no percibimos como

nuestra. Por un lado, sabemos que la oración es importante, no sólo porque el propio Jesús vivió esa situación, sino también porque encierra una promesa de paz y de purificación interior. Pero por otro lado, nos damos cuenta de que no tenemos la clave para sacarle todo el provecho.

La oración es ciertamente un don de Dios, un abrir espacios al Espíritu Santo que ora en nosotros, pero hay que dar un primer paso, que consiste indudablemente en reconocer que por nosotros mismos no podemos atravesar ese umbral.

No es pura casualidad que Pablo haya, por decirlo así, canonizado la actitud de no saber orar, cuando afirma:

«El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza, pues nosotros no sabemos orar como es debido, y es el mismo Espíritu el que intercede por nosotros con gemidos inefables. Por su parte, Dios, que examina los corazones, conoce el sentir de ese Espíritu, que intercede por los creyentes según su voluntad» (Rom 8,26-27).

Cuando presumimos de haber adquirido la capacidad de orar, nos ponemos fuera del ámbito del verdadero Espíritu, que es el que ora; en realidad, manifestamos que no hemos llegado a comprender que la oración es don de lo alto y que consiste en permitir al Espíritu que interceda por nosotros con sus gemidos inefables.

No tenemos, pues, que tener miedo a confesar nuestra insuficiencia. Al revés, siempre deberíamos empezar diciendo: «Señor, bien sabes que no sé orar; tú solo puedes ayudarme». Este es el grito apasionado con el que empezamos el rezo litúrgico; ésa es la súplica del creyente, llamado a preparar su cuerpo, su espíritu y su fantasía para recibir todo el flujo de esa plegaria que brota del corazón mismo de Jesús. Si nos preparamos realmente, la gracia del bautismo, que nos comunicó la conciencia de una vida de hijos en Cristo, libera el Espíritu que llevamos dentro y lo deja brotar como el manantial inagotable de nuestra vida de oración.

Toda la tradición bíblica y patrística está de acuerdo en reconocer la importancia de preparar nuestra inteligencia para la oración. Más aún, la riqueza de ese proceso intelectual queda perfectamente sintetizada en estas tres categorías: *lectio*, *meditatio*, *oratio*.

Cómo entrar en oración

La primera categoría, o ejercicio, de la oración cristiana recibe el nombre de *lectio divina*, porque parte de una lectura de la Biblia. En efecto, no hay oración verdaderamente cristiana sin una referencia directa a la palabra de Dios escrita, palabra que nos hace entrar en *comunión real con Jesús*, como se afirma expresamente en el concilio Vatica-

no II: «[Cristo resucitado] está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es él quien habla» (cf. *Sacrosanctum Concilium*, 7).

Y esta *lectio divina* nos introduce poco a poco en la misma oración de Cristo, nos hace orar en el Espíritu y nos hace sentir el amoroso abrazo de Dios. Voy a explicar someramente los tres estadios:

1. La *lectio* comprende la lectura y relectura de un texto bíblico, poniendo de relieve sus *elementos* más significativos. Pero no se trata de un simple ejercicio intelectual, puesto que la «lectura» se orienta necesariamente al segundo estadio.

2. Ese nuevo estadio, o segunda categoría, es la *meditatio*, cuya finalidad consiste en comprender los *valores* del texto, tanto de carácter meramente humano como de orden religioso o espiritual. Los *elementos* recabados en la *lectio* son objeto de una reflexión atenta y sistemática. Poco a poco vamos sintiendo una llamada a confrontar nuestra propia vida con la palabra de Dios, de modo que el puro discurso intelectual se ve considerablemente simplificado.

3. Y así se llega a la *contemplatio*, etapa de contacto inmediato con el Misterio. Aquí, la reflexión discursiva cede el puesto a la adoración, a la entrega total de sí, a la súplica de perdón. Aquí llegamos a intuir que sólo en Cristo podemos alcanzar la plena realización personal. La paz se instala en el interior

del orante, y el camino existencial del hombre adquiere toda su densidad y significado.

Puede ser que, con una gracia especial de Dios, se llegue fácilmente a la contemplación; pero, de ordinario, es difícil alcanzarla, si no se ha producido antes un largo proceso de preparación por medio de la *lectio* y la *meditatio*.

De hecho, la oración requiere un continuo esfuerzo de purificación, de regeneración interna, para abrirnos al don de Dios. Sólo así podrá la oración constituir nuestra vida en Cristo, mientras caminamos en un clima de contemplación, según las tres modalidades que se desprenden de algunos textos de san Pablo: *consolatio*, *discretio*, *deliberatio*.

— La *consolatio* es una experiencia de profunda alegría, precisamente cuando el espíritu vibra de satisfacción y de contento aun en medio de las mayores dificultades. Pablo lo expresa así: «Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre misericordioso y Dios de todo consuelo. El es el que nos conforta en todas nuestras tribulaciones, para que, gracias al consuelo que recibimos de Dios, podamos nosotros consolar a todos los que se encuentran atribulados» (2 Cor 1,3-4).

— La *discretio* es la capacidad de discernir lo que viene de Dios y lo que viene del maligno. En palabras de Pablo:

«No os acomodéis a los criterios de este mundo; al contrario, transformaos, renovad vuestro interior, para que podáis descubrir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto» (Rom 12,2).

— La *deliberatio* es la disponibilidad para elegir según principios evangélicos. Es la norma personal de Pablo:

«Pienso que nada vale la pena si se compara con el conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él he sacrificado todas las cosas, y todo lo tengo por basura con tal de ganar a Cristo» (Flp 3,8).

Así fue, sin duda, la oración de Jesús, cuando se quedó solo en el monte.

Pidamos a la Virgen que nos ayude a entrar en el corazón orante de Jesús:

«María, madre de la contemplación, tú que conservabas en tu corazón las palabras, los hechos, los gestos de Jesús, tú que los meditabas con sabiduría y los aplicabas a tu propia existencia con humildad y decisión, ilumínanos estos días para leer, meditar y contemplar la Palabra, de modo que renueve nuestro interior y nos penetre profundamente.

Haz que podamos descubrir todo el poder transformante de la Escritura, en la que Jesús, resucitado y vivo para siempre por la fuerza del

Espíritu, se comunica a cada uno de nosotros, abriendo las puertas más secretas de nuestro corazón, penetrando en los entresijos más recónditos de nuestra conciencia y llenándonos de libertad, de serenidad, y de una paz inalterable.

Crea en nosotros una disposición del cuerpo, del espíritu y de la mente para recibir la abundancia de dones y promesas que Dios quiere derramar sobre nosotros, para recibir su amor inagotable por medio de su Hijo Jesús, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén».

1. Pedro, ¿quién eres tú?

«**T**e alabamos y te bendecimos, Dios, Padre nuestro, que por medio de tu Hijo llamaste a Pedro para que te siguiera, y le revelaste progresivamente el misterio de su vocación, el significado de su vida, la meta de su caminar.

Tú le escogiste por amor; le salvaste de los peligros, le echaste una mano en sus dificultades, le liberaste de las garras del enemigo, le hiciste pasar por agua y fuego, y al final le concediste el reposo y la paz eterna.

Te pedimos, Padre, que en y por medio de tu Hijo Jesús nos des a conocer el misterio de nuestra vocación cristiana, el sentido de nuestro caminar, la meta de nuestras ambiciones. Concédenos sentir que nos amas, que nos conoces por nuestro nombre, que nos invitas a estar contigo. Purifica nuestra mirada y nuestro corazón para que podamos mirar con ojos nuevos los acontecimientos alegres o tristes, banales o extraordinarios, que ritman nuestra peregrinación.

Haznos comprender que nuestra historia tiene su raíz y su fuente en el corazón de tu Hijo, en la contemplación de su vida, en la adoración de su persona, en su oración a ti por los montes de Galilea.

Y tú, María, madre nuestra, condúcenos a descubrir el sentido que tiene para nosotros la palabra de Dios».

Un viaje hacia la interioridad

El trabajo que vamos a desarrollar estos días, en un ambiente de oración, no va a ser fácil ni, desde luego, obvio. Si nos decidimos a vivirlo con seriedad, encontraremos momentos de fatiga e incluso, tal vez, de cierta repugnancia, porque se trata de hacer un viaje a nuestra interioridad. En ese itinerario habrá etapas tranquilas, en las que se nos esponje el alma, y otras más bien difíciles, en las que posiblemente nuestros resortes interiores —mal humor, distracción, rebeldía contra la rutina, irritación, nerviosismo, etc.— estarán a punto de saltar, dejándonos absolutamente bloqueados. A veces nos parecerá que nuestro «yo» más auténtico se esconde y se nos escaja como un caballo desbocado que rehúsa tomar la senda que nosotros mismos queremos imponerle.

Por eso, los Padres de la Iglesia consideraban el desierto como el lugar típico de la tentación, el sitio preferido de Satanás. Como sucede en el desierto, que de una absoluta calma y tranquilidad de la naturaleza se pasa de improviso a una furibunda tempestad de arena, también en el desierto interior pue-

de suceder que, de repente, uno se vea inmerso en el torbellino de la tentación.

De aquí se sigue que tenemos que estar siempre en guardia y luchar con prontitud y con la mayor decisión contra las distracciones, incluso las más pequeñas, y contra toda clase de tentaciones que pudieran sorprendernos. De ese modo, no emprenderíamos superficialmente el camino hacia la interioridad, evitando por enésima vez una reflexión seria sobre el problema capital, que es la maduración de la fe, el crecimiento de la vocación. Si seguimos año tras año huyendo de una confrontación con nosotros mismos, llegará un momento en el que, como si nos despertáramos de un sueño, nos daremos cuenta de que hemos desperdiciado unas oportunidades preciosas para comprender nuestra verdadera realidad.

Por consiguiente, es importante saber que el itinerario del hombre hacia la apropiación de lo que él mismo es ante Dios y ante los hermanos es una tarea muy difícil, que requiere un gran esfuerzo de la mente y de la voluntad.

Preguntemos a Pedro

En esta primera meditación trataremos de escuchar a Pedro, mientras responde a nuestras preguntas: *¿Quién eres tú?, ¿qué dices de ti mismo?* Una

pregunta semejante se le planteó también a Juan el Bautista:

«Los judíos de Jerusalén enviaron una comisión de sacerdotes y levitas para preguntar a Juan quién era. Su testimonio fue éste:

—Yo no soy el Mesías.

Ellos le preguntaron:

—Entonces, ¿qué? ¿Eres tú, acaso, Elías?

Juan respondió:

—No soy Elías.

Volvieron a preguntarle:

—¿Eres el profeta que esperamos?

El contestó:

—¡No!

De nuevo insistieron:

—Pues, ¿quién eres? Tenemos que dar una respuesta a los que nos han enviado. ¿Qué dices de ti mismo?

Entonces él, aplicándose las palabras del profeta Isaías, se presentó así:

—Yo soy la voz del que clama en el desierto: allanad el camino del Señor» (Jn 1,19-23).

Observemos, en primer lugar, que la respuesta del Bautista parece obvia: «Su testimonio fue éste» (lite-

ralmente: «respondió y no negó; y respondió» quién era). No cabe duda que su afirmación suena un tanto rara; porque, de hecho, no es fácil que una persona se presente como lo que es en realidad.

«¿Quién eres? ¿Qué dices de ti mismo?» Vamos a aplicar estas palabras a Pedro con la intención de que, al concentrarnos en una figura determinada, con sus características peculiares, podamos encontrar en ella un apoyo para reflexionar sobre nuestro caso concreto.

Efectivamente, las preguntas que dirigimos a Pedro sirven como una etapa de *meditatio* sobre nosotros mismos, que nos introducirá más tarde en la *contemplatio*. Lo que le preguntamos a él es lo que nos preguntamos a nosotros mismos.

Ante todo, y a nivel de *lectio*, nos vamos a fijar en el episodio evangélico en el que Pedro, en medio de la tempestad que azotaba el lago de Genesaret, camina sobre el oleaje. Luego, en la *meditatio*, trataremos de dialogar con el apóstol. Y finalmente, os propondré alguna sugerencia para un encuentro personal con el misterio de Dios. Me limitaré a simples indicaciones, porque el verdadero trabajo es el que deberá realizar cada uno personalmente, en clima de oración y en profunda adoración al Padre, por medio de Jesús, más allá de lo que yo mismo haya

podido comunicaros o lo que vosotros hayáis logrado asimilar.

Lectio: Las palabras clave de Mt 14,22-33

« [Jesús] mandó a sus discípulos que subieran a la barca y que fueran por delante de él a la otra orilla, mientras él despedía a la gente. Después de despedirla, subió al monte para orar a solas. Al llegar la noche, estaba allí solo.

La barca, que estaba ya muy lejos de la orilla, era sacudida por las olas, porque el viento era contrario. Al final ya de la noche, Jesús se acercó a ellos caminando sobre el lago. Los discípulos, al verlo caminar sobre el lago, se asustaron y decían:

— ¡Es un fantasma!

Y se pusieron a gritar de miedo. Pero Jesús les dijo en seguida:

— ¡Animo! Soy yo; no temáis.

Pedro le replicó:

— Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti sobre las aguas.

Jesús le dijo:

— ¡Ven!

Pedro saltó de la barca y, andando sobre las aguas, iba hacia Jesús. Pero al ver la violencia del viento se asustó y, como empezaba a hundirse, gritó:

— ¡Señor, sálvame!

Jesús le tendió la mano, lo agarró y le dijo:

— ¡Hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado?

Subieron a la barca y el viento se calmó. Y los que estaban en ella se postraron ante Jesús, diciendo:

— ¡Verdaderamente eres Hijo de Dios!»

En una lectio exhaustiva, habría que subrayar los elementos y las estructuras que dan sentido al texto, reseñar los símbolos fundamentales de la experiencia humana, encontrar las palabras clave, etc. Pero habida cuenta de la finalidad de nuestra lectura, que consiste en plantear a Pedro una pregunta bien concreta, me voy a fijar únicamente en las palabras que considero más significativas para nosotros:

— V. 26: «Los discípulos, al verlo caminar sobre el lago, se asustaron». El verbo griego es *etaráchthesan*, el mismo que emplea Lucas para describir la actitud de María en la anunciación: «Al oír las palabras del ángel, ella se turbó [*dietaráchthe*]» (Lc 1,29). Ya la mera yuxtaposición de ambos textos nos da a entender que, igual que María se quedó interiormente perpleja ante el misterio de Dios que le revelaban las palabras del ángel, también Pedro y los Doce quedan desconcertados ante la realidad de Jesús que se les manifiesta

— Los vv. 27-28 constituyen el núcleo central de todo el pasaje: «Jesús les dijo en seguida: ¡Animo! Soy yo; no temáis». Jesús conoce perfectamente su propia identidad y se presenta como punto de referencia y de confianza para el ser humano que se debate entre la angustia, el temor y la desesperación. Pedro, en cambio, es el hombre que, al contacto con la personalidad de Jesús, quiere poner a prueba su propia identidad y sus propias fuerzas: «Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti sobre las aguas».

Podemos ver en esta presentación quién es el personaje frente al cual llegamos a reconocer y a expresar progresivamente quiénes somos en realidad; Jesús, la certeza absoluta, nos revela aquí nuestra verdadera identidad.

— Y la confirmación viene en el v. 30: «Pero al ver la violencia del viento, [Pedro] se asustó y, como empezara a hundirse, gritó: '¡Señor, sálvame!'" Pedro intuye el poder de Cristo, y se va hacia él caminando sobre las aguas. Pero luego, su atención se desvía hacia el fragor de la tempestad erizada de dificultades, se pierde en sus temores y empieza a hundirse poco a poco, cada vez más, inexorablemente más. La escena es una invitación a no quitar los ojos de la figura de Jesús, como punto de referencia del verdadero conocimiento de nosotros mismos.

Por otra parte, si Pedro se hunde, es porque hay un conocimiento de sí mismo que lleva necesariamen-

te a perder pie: la conciencia de que en el interior de cada uno de nosotros se agitan fuerzas incontroladas que nos arrebatan en un torbellino de conflictos. El hombre queda trastornado por todo ese cúmulo de perversidades, sombras y distorsiones que descubre dentro de sí mismo y que parecen manchar todos sus actos, incluso los más intrascendentes. Se trata de un conocimiento de sí mismo en una especie de vacío. Tiene, naturalmente, una cierta dosis de verdad; pero carece de toda referencia a Cristo.

Sin embargo, el conocimiento de uno mismo que se exige a cualquier cristiano consiste en una autoconciencia que surge de la relación con el camino auténtico trazado por Jesús e iluminado por su propia persona.

Meditatio: En diálogo con el apóstol

Al iniciar la *meditatio* podemos observar, ante todo, que la personalidad de Pedro destaca sobre el grupo de los demás apóstoles. Al comienzo de la narración, es uno de tantos: rema como sus compañeros, se cansa de luchar contra el oleaje y se ve presa de la zozobra y de la angustia, como los demás. Pero a continuación, su figura cobra un perfil claramente delineado.

Podríamos preguntarle qué sabe de sí mismo, qué saben los demás sobre él que él mismo ignore, qué es

lo que constituye verdaderamente su personalidad y que tanto a él como a los otros les resulta desconocido.

Conocernos a nosotros mismos es algo realmente difícil. Tenemos virtudes, defectos, maneras de comportarnos, reacciones que conocemos y somos capaces de expresar. Pero también tenemos zonas que nos resultan desconocidas, aunque son evidentes para los que están a nuestro lado, ya que, efectivamente, responden a la realidad. Por último, también existen en nuestro interior ciertos aspectos que nadie logra comprender, ni nosotros mismos ni los demás, y que constituyen el secreto de nuestra personalidad.

Ese «secreto» se va revelando poco a poco a lo largo de nuestra existencia, posiblemente sólo a la hora de la muerte. No obstante, es parte viva de nosotros mismos, es nuestro misterio.

Precisamente porque nos conocemos tan poco, es importante que en el proceso de descubrir nuestro propio «yo» podamos contar con una ayuda, sobre todo con la de Jesús, el único que nos conoce plenamente. Pero para poder contar con esa ayuda, tenemos que salir de ese orgullo presuntuoso del que cree que se posee a sí mismo como se posee una cuenta corriente o del que está seguro de que siempre le van a salir los cálculos. Y no es así. El hombre es una pura sorpresa. Es como los viejos castillos, llenos de pasadizos secretos y de estancias disimuladas que

ocultan, junto a tesoros fabulosos, algún que otro esqueleto. Por eso, tenemos tanto miedo de bajar a las profundidades de nuestro interior.

Tratemos, pues, de adentrarnos en los rincones más recónditos de nuestro castillo interior, poniéndole a Pedro unos cuantos interrogantes:

1. La primera pregunta podría ser:

—Pedro, *¿qué dices de ti mismo?*

Y Pedro nos responde:

—Soy un temperamento primario, impulsivo por naturaleza. Pero, al mismo tiempo, soy también generoso; me lanzo fácilmente, sin calcular mucho los riesgos. Por otra parte, me siento jefe, con capacidad para guiar a otros, porque puedo prever determinadas situaciones y tengo carácter para imponerme a los demás. Hay veces que me enorgullezco de esta capacidad de polarizar la atención y de expresarme en nombre de otros.

Sigamos preguntándole:

—Y moralmente, *¿cómo te juzgas a ti mismo?*

Pedro nos responde:

—Creo que soy un hombre bastante cabal, y me alegro de tener la oportunidad de hacer el bien. Mi corazón se mueve por unos ideales muy elevados; no me contento con cualquier cosa. Aunque soy más

bien pragmático, sueño con tareas difíciles, pero que sean útiles a los demás.

Como veis, Pedro ha subrayado algunas características positivas de su personalidad. Pero nosotros queremos profundizar más; por eso, le preguntamos si es consciente de sus defectos. Con la mayor sinceridad, nos confiesa:

—Desde luego. Soy muy testarudo, y muy rígido en la defensa de mis posturas. A veces, mi temperamento impulsivo y hasta colérico me lleva a enfadarme por cualquier nimiedad. Pero no guardo ningún rencor.

Me gustaría que observaseis que, aunque reconoce sus defectos, pasa inmediatamente a justificarlos. Y es que, en realidad, eso es típico del conocimiento de nosotros mismos: aun reconociendo nuestro lado oscuro, tratamos instintivamente de encuadrarlo en una perspectiva que lo haga aparecer como justificable, porque no podemos aceptarnos tal como somos realmente. El hombre normal siempre tiende a auto-definirse en categorías positivas.

Si le preguntamos ahora por su oración, Pedro podría contestarnos que cuanto más cerca estaba de Jesús, más se sentía atraído a orar. Pero, a pesar de todo, se cansaba en seguida, le entraba sueño, le venían ganas de moverse, de cambiar de postura, porque no podía estarse quieto:

—Me resultaba totalmente imposible imitar a Jesús; por eso le insistía tanto en que nos enseñase a orar.

Y en una perspectiva más amplia, seguimos preguntando:

—Dinos ahora, Pedro: en tus relaciones con Jesús, ¿no ha habido momentos difíciles?

Pedro recuerda sus experiencias:

—Por supuesto que sí. Es más, a veces, llegué a pensar que nunca iba a conseguir adaptarme al seguimiento de aquel Maestro que dejaba todo en una nebulosa, que me conducía a su antojo, sin explicarme jamás lo que se proponía. Pero yo le quería tanto, que me daba pena abandonarle.

Hubo momentos de tremenda dureza. Por ejemplo, cuando me llamaba la atención o me reprochaba mi comportamiento, hubiera querido rebelarme. Tenía la impresión de que no me entendía; y entonces me venían ganas de llorar, de dejarle plantado y de desfogar toda mi indignación. Pero no me dejé llevar de mis impulsos, porque veía en aquel hombre algo muy especial, algo absolutamente extraordinario.

Un día, en Cafarnaúm, casi todos sus seguidores estaban dispuestos a abandonarle. Pero para mí, aquello era una injusticia, una verdadera traición. Por eso, decidí quedarme a su lado; más aún, animé a todos mis compañeros a seguir con él, a no negar

nuestra confianza en el Señor. Y no es que yo hubiera comprendido algo más que los otros; ni mucho menos. Yo no soy ningún intelectual ni capaz de seguir a la larga un razonamiento. Por otra parte, y sin saber muy bien por qué, yo estaba seguro de que teníamos que quedarnos. Y ahora, doy gracias a Dios por haberme portado así. De hecho, poco a poco fui comprendiendo cada vez más el misterio de la persona de Jesús y el sentido de nuestra vida en compañía del Maestro.

Con ayuda del propio Pedro, hemos llegado a conocer su intimidad humana, sus problemas, sus aspiraciones y sus actitudes más profundas.

2. Ha llegado el momento de plantearle otra pregunta:

—*Pedro, ¿qué dicen de ti los otros?*

Ahora entran en escena los amigos de Pedro, sus compañeros, sus colaboradores en la misión. Unos confirman lo que nos es de sobra sabido:

—Pedro es un impulsivo, aunque no cabe duda de su generosidad y de su honradez. Siempre estará dispuesto a echar una mano a todo el que lo necesite.

Otros, en cambio, manifiestan una valoración más dura:

—Es un charlatán, un fanfarrón. No hace más que prometer que él va a hacer esto y lo otro; pero,

a la hora de la verdad, nunca mantiene sus promesas. Además, es un entrometido y piensa que es indispensable; pero no tiene tacto, no se da cuenta de que él no es único. Todo lo quiere hacer él, sin dejar sitio a los demás. El quiere llevar siempre la iniciativa; y, de hecho, no deja que nadie pueda manifestar sus positivas cualidades personales.

Como veis, se trata de una enumeración de determinadas facetas de carácter que el propio Pedro no estaría dispuesto a admitir sin más, pero que quien le conociera podría observar fácilmente. No cabe duda que esas características constituyen el contrapeso negativo de las cualidades positivas: el que es impulsivo por naturaleza termina casi siempre por ser entrometido; el que es generoso promete con facilidad, aun sin saber si podrá cumplir sus promesas —lo que le hace pasar por fanfarrón— o carga con la responsabilidad ajena, sin percatarse de que con ello impide a los otros expresarse o, incluso, actuar con libertad.

Por tanto, la personalidad de Pedro se manifiesta como una realidad compleja y problemática. Indudablemente, ya era un hombre maduro, pero necesitaba un largo período de purificación interna para llegar a definirse como una personalidad acrisolada, sin doblez y plenamente dueña de sí.

3. Aún nos queda otra pregunta:

—*Pedro, ¿qué es lo que ni tú mismo ni los demás saben de ti?*

Con esto entramos en el misterio, en el secreto más profundo del hombre. Por eso, la respuesta no puede consistir más que en ciertos indicios o presuposiciones.

Repasando algunos episodios de la tradición evangélica, podemos ver que Pedro posee ciertas profundidades negativas bastante serias. Vamos a fijarnos, al menos, en las dos siguientes:

a) *Pedro es un inseguro*. A pesar de sus apariencias de desinhibido, tiene considerables dosis de miedo y, en el fondo, una cierta fragilidad. Muestra gran seguridad de sí mismo, pero, en algunas ocasiones, su enorme vulnerabilidad y hasta miedo emergen inconcientemente.

En el episodio de la tempestad sobre el lago —ya lo leíamos al principio—, Pedro es uno de los que no pueden contener sus gritos ante la aparición del fantasma. Pero de repente, su actitud se transforma en la de un valentón audaz; aunque en seguida reaparece el miedo a no poder culminar su empresa.

En circunstancias difíciles no sabe controlarse y sucumbe al miedo; es un personaje débil, frágil, sin recursos. Esta inseguridad de fondo estalla de manera ostensible después de la prisión de Jesús. A uno que le pregunta: «¿No eres tú uno de los discípulos de ese hombre?» Pedro responde con una negativa cortante: «¡No, no lo soy!» (Jn 18,25). La respuesta de Pedro revela con todo dramatismo la profunda

incapacidad de autodefinirse: No, yo no; yo ya no sé quién soy.

Y es verdad. Pedro ya no sabe ni quién es. Siempre había necesitado una cierta vinculación con el Maestro, como punto de referencia para convencerse de su propia identidad. Así lo había manifestado claramente después del discurso de Jesús en la sinagoga de Cafarnaún, cuando el Maestro, al ver que muchos de sus discípulos se habían echado atrás y ya no le seguían, preguntó a los Doce: «¿También vosotros queréis marcharos?» En aquella ocasión, Pedro respondió con la mayor firmeza: «Señor, ¿a quién iríamos? Tus palabras dan vida eterna» (Jn 6,67-68).

Sin embargo, ahora, ante la derrota de Jesús, la personalidad del apóstol, fundada en una íntima relación con el Maestro, se derrumba estrepitosamente en la absoluta negación de cualquier vínculo con el prisionero.

b) *Pedro se opone al misterio de Dios*. En la personalidad de Pedro se encierra una conflictividad latente que le desgarran en su interior y que ofrece algunos aspectos ciertamente preocupantes. Su impulsiva generosidad se ve transida, a veces, por extraños rasgos de malicia y de oposición a lo bueno, por una especie de hostilidad hacia el plan de Dios.

Bastará leer este pasaje del evangelio según Marcos:

«Jesús salió con sus discípulos hacia las aldeas de Cesarea de Filipo y por el camino les preguntó:

—¿Quién dice la gente que soy yo?

Ellos le contestaron:

—Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; y otros, que uno de los profetas.

El siguió preguntándoles:

—Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

Pedro le respondió:

—Tú eres el Mesías.

Entonces Jesús les prohibió terminantemente que hablaran a nadie acerca de él» (Mc 8,27-30).

La respuesta de Pedro es, sin duda, digna de consideración. Desde luego que en ella se manifiesta el temperamento vivo del apóstol, pero probablemente también su deseo de seguridad y de certeza, la necesidad de que su vida tenga sentido.

Pero el texto de Marcos continúa así:

«Jesús empezó a enseñarles que el Hijo del hombre debía padecer mucho, que sería rechazado por los ancianos, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley; que lo matarían, y a los tres días resucitaría. Les hablaba con toda claridad.

Entonces Pedro le tomó aparte y se puso a increparle. Pero Jesús se volvió y, mirando a sus discípulos, reprendió a Pedro, diciéndole:

—¡Aléjate de mí, Satanás! Porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres» (Mc 8,31-33).

La recriminación de Jesús es extremadamente dura. Son las palabras más severas que encontramos en los evangelios, porque Jesús increpa a Pedro llamándole «Satanás», o sea, el enemigo por antonomasia del plan de Dios y de la vida del hombre. Podemos decir, por consiguiente, que el apóstol tiene algo así como una oposición instintiva a someterse a un plan de Dios que se le presenta totalmente distinto de lo que él se había imaginado.

Pero aún hay más. Yo creo que el núcleo de la cuestión está en el hecho de que el apóstol ni se imagina todo el amor apasionado que Jesús siente por él. Sólo más tarde, cuando en el patio del palacio de Caifás, sumido en el colmo de su envilecimiento y de su frustración por la tremenda incoherencia que le ha llevado a renegar de su Maestro, estalle en llanto inconsolable, sólo entonces se dará cuenta de la verdad: Dios le ama precisamente en su fragilidad y miseria, Dios le ama en ese Jesús que da su vida incluso para salvarle a él. En un momento tan dramático de la pasión de Jesús, Pedro llega, por fin, a la plena autenticidad de sí mismo. Su llanto borra la

máscara que le servía de refugio, y ahí, precisamente, encuentra su verdad de hombre y de hijo de Dios.

Contemplatio

Para el momento de la contemplación sugiero que os planteéis a vosotros mismos las preguntas que hemos hecho a Pedro. Pero en clima de oración, con la mirada fija en Jesús, y en actitud de adoración, de alabanza y de súplica.

¿Qué puedo decir yo de mí mismo? ¿Qué dicen los demás de mí?

Es un ejercicio difícil, lo reconozco, pero extremadamente útil, sobre todo para aceptar lo que los otros dicen de mí y que tantas veces me cuesta reconocer.

¿He bajado alguna vez a las profundidades de mi propio «yo»? ¿He tenido miedo? ¿Me he dado cuenta de que, detrás del miedo, es posible que encuentre mi auténtica verdad, es decir, que soy objeto del amor de Dios y de una atención particular por parte de la Iglesia?

¿He llegado a percibir íntimamente no sólo al «Dios que ama», sino al «Dios que me ama»? Esta es una de las percepciones más fundamentales, porque la madurez del proceso de vocación no radica en un conocimiento superficial de sí mismo, sino en la más

descarnada autoconciencia de la propia autenticidad. Muchas crisis de fe suelen producirse por un simple desconocimiento de nosotros mismos; por eso, tenemos absoluta necesidad de que Dios nos conceda el don de llegar a conocer íntimamente nuestra más auténtica personalidad.

Pero este es un don que, incluso antes de buscarlo, ya lo poseemos realmente, porque Dios ha salido ya a nuestro encuentro, revelándonos con un amor anticipado lo que verdaderamente somos. La primacía siempre la tiene él; una primacía que consiste en habernos amado primero. Ese es, por consiguiente, el único modo por el que llegamos al conocimiento de nosotros mismos.

Jesús es el que nos permite y nos ayuda a bajar a las profundidades de nuestro ser más íntimo, para iluminar nuestros rincones más lóbregos y nebulosos, para desembrollar la maraña de nuestras perplejidades, para calmar las aguas tempestuosas de nuestro corazón.

Preparémonos, pues, por medio de la oración, para este ejercicio de autoconocimiento:

«Señor, ilumíname para que llegue a descubrir la verdad de mi vida; que la claridad de mi vocación se asiente sobre la claridad de mi existencia; que estas dos realidades se aúnen en mi camino y crezcan conmigo hacia la madurez.

Que pueda, como Pedro, ser digno de tu confianza; que, como él, pueda merecer el don de llegar a ser tu testigo, dedicando mi vida a tu servicio y al de mis hermanos.

Pedro, apóstol de Jesús, amigo nuestro y columna de la Iglesia, carácter frágil e inseguro, como todos nosotros, acompáñanos en nuestro caminar.

Haz que comprendamos lo difícil que es saber quiénes somos realmente, y ayúdanos a conocernos de verdad, como Dios y el propio Jesús nos conocen.

No permitas que sigamos nuestro camino a ojos entornados, como en un sueño, sin saber quiénes somos ni adónde vamos, sin captar los condicionamientos externos e internos que nos solicitan.

Ayúdanos a comprender que nuestra libertad es frágil, débil y siempre amenazada; que nuestros planes son mezquinos; nuestra intención, imperfecta; nuestra reflexión, inconstante.

Enséñanos a conocernos con humildad, como lo hiciste tú, para poder experimentar el amor del que escruta nuestros corazones, Cristo Jesús, nuestro Señor, el Hijo del Altísimo, el Dios santo y eterno, que con el Espíritu santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén».

2. Pedro, ¿quién es para ti Jesús?

El camino que se nos abre y que tenemos que recorrer en estos días es el de una profundización personal en el llamamiento evangélico.

Os exhorto, pues, a meditar pausadamente los textos que os vaya presentando, no con la presunción de repetir o asimilar todo lo que os diga, sino con el simple deseo de captar aquellos elementos que nos permitan entrar en un contacto directo con el Señor, en actitud orante.

De hecho, la lectura y la meditación se orientan siempre hacia la contemplación. De ahí nace el consuelo y la profunda e indecible alegría de sentir, aunque sea por un instante, que Dios está presente en nuestra existencia y que ilumina todas y cada una de nuestras situaciones.

Empezamos por establecer dos presupuestos sobre el camino vocacional de Pedro, para pasar luego a una consideración de las sucesivas etapas de su llamamiento.

Presupuestos: Vocación y conocimiento del verdadero rostro de Dios

1. El primer principio es que la vocación es la otra cara de nuestro conocimiento de Dios. Ya el mero enunciado nos enfrenta con dos problemas fundamentales que tienen implicaciones sumamente importantes: en primer lugar, el problema de la fe, del conocimiento de Dios y de su significado para nuestra propia vida; y en segundo lugar, el problema de la vocación específica de cada uno. De hecho, cuanto más se llegue a conocer el verdadero rostro de Dios, mejor se puede responder a las demandas de la vocación individual; y respectivamente, cuanto mejor sea la respuesta a la llamada personal, más profundo será el conocimiento del verdadero rostro de Dios.

En otras palabras —y en planteamiento negativo—, cuando se nos oscurece el verdadero Dios, se nos oscurece también nuestra llamada. Toda negligencia, languidez, morosidad o descuido en el tema de la vocación se traduce en dudas, ofuscación o desconocimiento del Dios de Jesucristo.

Las dos realidades siguen caminos paralelos. De hecho, a Dios no se le conoce con sólo mirarlo como si se tratara de un libro, porque es una persona viva. Sólo se llega a descubrirlo, si se establece una rela-

ción personal con él, comprometiéndose en la respuesta a su llamada. Si no me comprometo en serio, la existencia de Dios se me convertirá en un problema indiferente, en una cuestión abstracta y tan lejana, que me puede llevar incluso a plantearme si es, o no, una realidad y, caso que lo sea, si me habrá, o no, abandonado.

Eso es lo que quería decir al afirmar inicialmente que la vocación es la otra cara de nuestro conocimiento de Dios.

2. En segundo término, habrá que recordar que el conocimiento de Dios pasa por el conocimiento de Jesús. En un mundo en el que predomina la oscuridad, la muerte y el absurdo, el único Dios, *para mí*, es nuestro Señor Jesucristo, en el misterio de su vida, muerte y resurrección. El que no pasa por el conocimiento de Cristo, Hijo del Padre, revelador de la Trinidad, corre el riesgo de verse abocado a un ateísmo, por lo menos, práctico. Y es que, en realidad, al hombre histórico, marcado por el sufrimiento, abandonado a su destino, débil, cercado por la soledad y por la amenaza de la muerte, Dios no se le revela más que en el rostro de Jesús.

Son muchas las personas que van a misa y rezan sus oraciones, pero para las que Dios no tiene, en realidad, casi ningún sentido. Y eso mismo puede ocurrir en la vida de un eclesiástico: a pesar de una

escrupulosa observancia de las prescripciones, de un respeto por determinadas normas y de un continuo esfuerzo por adquirir ciertas virtudes, no se vive el dinamismo de la fe, porque la presencia del Dios vivo está prácticamente extinguida.

Estos dos presupuestos podrían ayudarnos a reflexionar sobre el dinamismo del camino de Pedro, y a comprender quién es Jesús para el apóstol.

La primera llamada de Pedro

Para captar los varios momentos de la progresiva revelación de Jesús a Pedro y la conexión de esos estadios con el camino vocacional del apóstol, empezamos por leer los textos relativos a su primera llamada:

«Pasando Jesús junto al lago de Galilea, vio a Simón y a su hermano Andrés que estaban echando las redes en el lago, pues eran pescadores. Jesús les dijo:

—Veníos detrás de mí y os haré pescadores de hombres.

Ellos dejaron inmediatamente las redes y le siguieron» (Mc 1,16-18).

«Estaba Jesús en cierta ocasión junto al lago de Genesaret y la gente se agolpaba para oír la palabra de Dios. Vio entonces dos bar-

cas a la orilla del lago; los pescadores habían desembarcado y estaban lavando las redes. Subió a una de las barcas, que era de Simón, y le pidió que la separase un poco de tierra. Se sentó y estuvo enseñando a la gente desde la barca. Cuando terminó de hablar, dijo a Simón:

—Rema lago adentro y echad vuestras redes para pescar.

Simón respondió:

—Maestro, hemos estado toda la noche haciendo sin pescar nada, pero, puesto que tú lo dices, echaré las redes.

Lo hicieron y capturaron una gran cantidad de peces. Como las redes se rompían, hicieron señas a sus compañeros de la otra barca para que vinieran a ayudarlos. Vinieron y llenaron las dos barcas, hasta el punto de que casi se hundían. Al verlo, Simón Pedro cayó a los pies de Jesús diciendo:

—Apártate de mí, Señor, que soy un pecador» (Lc 5,1-8).

Preguntemos a Pedro: ¿Qué ha significado para ti la llamada de Jesús? ¿Cuál ha sido en este momento tu experiencia de Dios y de tu vocación?

1. Antes de escuchar su respuesta, tratemos de recordar el punto de partida de Pedro, es decir, su grado de conocimiento de Dios.

Sabemos que era un buen judío, observante de las tradiciones y que asistía regularmente a la sinagoga. No era de familia «sacerdotal», como los que residían en Jerusalén en las dependencias del templo. Su vida era sencilla, como la de la mayoría de la gente: vivía de su trabajo, se cuidaba de su familia, dedicaba el sábado a la oración y no tenía grandes problemas religiosos.

Su concepto de Dios era como el de cualquier hebreo de su tiempo: Dios era el Santo, el Señor de los ejércitos, el Todopoderoso, el infinitamente Grande, el Creador de cielo y tierra, el Inaccesible, al que nadie puede contemplar y seguir con vida, al que nadie ha visto jamás, al que nadie puede describir, al que ninguna imagen puede representar. Dios era, en síntesis, el Todopoderoso, el Inaccesible.

Un tercer aspecto de la fe judía que, sin duda, inquietaba a Pedro de manera particular, dadas las condiciones en las que, de hecho, vivía el pueblo de Israel, era la convicción de que Dios no habita en lo más alto de los ciclos, sino que *actúa en el acontecer histórico*. En el pasado, Dios liberó a su pueblo cuando «con mano poderosa y brazo fuerte» sacó de Egipto a los patriarcas.

Pedro nos podría contar lo que ocurrió en Egipto, el paso del Mar Rojo y la travesía del desierto, cuando Dios guiaba a su pueblo con la nube durante el día y con la columna de fuego durante la noche.

Pero si le preguntáramos cómo veía él la actuación de Dios en la historia de su propio tiempo, es decir, desde que el imperio romano había puesto fin a la independencia de Palestina, probablemente no sabría qué contestar y se le nublaría el semblante. Y es que Dios estaba callado. Ciertamente que en épocas anteriores había obrado maravillas y había hablado por los profetas, pero ya hacía siglos que el pueblo vivía en una total incertidumbre y sin alicientes de esperanza. El movimiento macabeo había significado un cierto resurgir político; pero fue un movimiento efímero, y en seguida todo volvió a ser como antes. Poco a poco la gente se había hecho oportunista, se había adaptado a la dominación romana, y se había aburguesado tanto que ya no pensaba más que en los negocios.

Pedro vive, por consiguiente, esa sensación de incomodidad del que sabe que Dios existe, pero ve que no se manifiesta en la historia.

Su fe se mantiene inconmovible y, al no entender de teología, no se aventura en discusiones grandilocuentes; pero no por eso deja de vivir momentos de perplejidad y de crisis. Sintoniza perfectamente con lo que ya decía el salmista: «¿Por qué, Señor, escondes tu rostro, y olvidas nuestra miseria y opresión?» (Sal 44,25); «¿Es que nos has abandonado? ...Acuérdate de la comunidad que adquiriste antiguamente» (Sal 74,2); o con aquel lamento de Jeremías: «¿Por

qué nos olvidas para siempre? ¿Por qué nos abandonas de por vida?» (Lam 5,20). Son las preguntas de la gente sencilla que no se plantea problemas teológicos ni saca de las situaciones una conclusión negativa contra la fe, pero que no por ello deja de sufrir.

Aun dentro de su madurez espiritual, Pedro se pregunta cómo es que los impíos y los paganos parecen salir siempre airosos y gozar del favor de Dios, cómo puede permitir Dios que se derrame tanta sangre inocente.

2. Esa es la situación en la que Jesús encuentra a Pedro a orillas del lago: un buen judío que alimenta ciertas esperanzas, pero que sufre interiormente, que tiene sus ilusiones y sus dudas, aunque sin excesivos problemas.

Escuchemos, pues, la respuesta que da Pedro a nuestra pregunta: ¿qué significó para ti Jesús en aquel momento? Pienso que nos diría así, más o menos:

—Puedo decirles que Jesús no resolvió mis dudas de manera teórica, no me ofreció grandes visiones teológicas, no me explicó por qué el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de mi propio pueblo estaba callado; no me dijo por qué hay gente que muere joven, o por qué nuestros enemigos —los ateos, los paganos, los prepotentes, etc.— parecen más fuertes que nosotros. Sencillamente, me llamó. Me hizo una propuesta, me encandiló con un programa preciso: «Sígueme y no temas; desde ahora serás

pescador de hombres». No sé, pero lo único que pude entender en aquel momento inolvidable es que se me abría la posibilidad de llevar a cabo una tarea importante, una tarea que tenía que ver con Dios y que, por consiguiente, valía la pena lanzarse sin pestañear.

Esto es lo que impresionó a Pedro: Jesús me llama a una aventura fascinante.

Evidentemente, eso no era la solución radical para sus problemas; pero le bastaba, porque veía cómo se disipaban sus dudas y cómo las perplejidades que tanto le inquietaban adquirirían cierta coherencia. No era una respuesta teórica a sus interrogantes; sin embargo, Pedro veía que en su interior brotaba un entusiasmo nuevo, una confianza renovada, una esperanza sin límites.

Con relación al texto de Lucas podríamos añadir que la presencia de Jesús fue como una iluminación que llevó a Pedro a confesar humildemente su condición de creatura, su naturaleza de hombre, es decir, de «pecador» necesitado de salvación.

Pedro comprende que en el seguimiento de Jesús podrá realizar su existencia de una manera más completa. A Pedro le encantaba pescar; pero cuando volvía a casa, al atardecer, después de remendar las redes, se debía de preguntar qué vida era la suya. Ahora, en cambio, su concepción de Dios ha cambiado: es, ciertamente, un gran misterio; pero en un

momento determinado, puede llamar al hombre e instarle a que se lance a una tarea que, aparentemente, supera todas sus capacidades. De ese modo entiende mejor el sentido de su existencia, y su horizonte cobra una amplitud sin límites.

Pedro siente que en la invitación de Jesús se nada mucho mejor que en el pequeño lago de Tiberíades, porque la propuesta es dedicarse a un océano lleno de misterio y de un atractivo verdaderamente fascinante.

Podemos resumir la primera etapa vocacional de Pedro en una simple repetición de pregunta y respuesta:

—Pedro, ¿quién es para ti Jesús?

—Es él que me llama y me invita, él que me pide un compromiso.

3. Sin salir del ámbito de esta primera llamada, vamos a leer otro breve pasaje del evangelio según Marcos:

«Subió después al monte, llamó a los que quiso y se acercaron a él. Designó entonces a doce, a los que llamó apóstoles, para que lo acompañaran y para enviarlos a predicar con poder de expulsar a los demonios. Designó a estos doce: a Simón, a quien dio el sobrenombre de Pedro; ...» (Mc 3,13-16).

En el texto de Marcos que hemos leído anteriormente, Jesús llama a Pedro a una tarea trascenden-

tal; pero, probablemente, en esta segunda ocasión, el compromiso adquiere un significado bastante diverso.

En una traducción literal del texto griego habría que decir que Jesús llamó a los que «quería», es decir, a los que llevaba ya en su corazón y los sentía como suyos; y ellos «se alejaron con él», en su compañía, como un grupo de amigos. Pedro cayó en la cuenta de que no se le confiaba un mero encargo, sino que Jesús le llamaba a él y a los otros a compartir estrechamente su propia vida, que les hacía una verdadera propuesta de amistad, de familiaridad y de participación en su propio destino.

Con relación al texto de Mc 1,16-18, se da aquí un paso mucho más específico. La vocación a llevar a cabo una tarea fascinante y de lo más atractiva, aunque siempre un tanto misteriosa, se concreta como vocación a un modo de ser, a un estar con ese Jesús que no es sólo un profeta, sino un auténtico maestro, un «rabbí», en el sentido más estricto de la palabra hebrea, es decir, el que constituye en tomo a sí una comunidad de discípulos.

Pues bien, esa llamada a una comunión de vida responde plenamente a las expectativas de amistad que Pedro alimentaba en su corazón.

Por otra parte, cuando Pedro no era más que un simple pescador, tenía que preocuparse de los problemas monetarios, procurando no engañar a sus clientes, incluso cuando le hubiera parecido oportuno, ya

que el dinero resultaba más bien escaso, mientras que los costes eran siempre muy elevados. Eso quiere decir que su relación con los demás se basaba en cálculos y equilibrios. En cambio, Jesús, con su llamada al grupo de los Doce, le propone una relación de confianza y de autenticidad personal, empezando por asumirla él mismo, para enseñarles a los suyos a seguir su ejemplo.

La segunda llamada de Pedro

Empecemos por leer los textos relativos a esta segunda llamada del apóstol:

«Jesús salió con sus discípulos hacia las aldeas de Cesarea de Filipo, y por el camino le preguntó:

—¿Quién dice la gente que soy yo?

Ellos le contestaron:

—Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; y otros, que uno de los profetas.

El siguió preguntándoles:

—Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

Pedro le respondió:

—Tú eres el Mesías» (Mc 8,27-29).

«De camino hacia la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos:

—¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?

Ellos le contestaron:

—Unos, que Juan el bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías o uno de los profetas.

Jesús les preguntó:

—Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

Simón Pedro respondió:

—Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.

Jesús le dijo:

—Dichoso tú, Simón, hijo de Juan, porque eso no te lo ha revelado ningún mortal, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del abismo no la hará perecer. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo» (Mt 16,13-19).

¿Qué ocurre en el espíritu y en la vida de Pedro?

Ya hemos dicho antes que su conocimiento de Dios era más bien genérico: un Ser extraordinario, pero inaccesible; un Dios que actúa en la historia humana, pero cuya acción ya hace tiempo que no se deja percibir. Luego se encontró con Jesús, lo reconoció como profeta y acogió con gran alegría su proposición, en primer lugar, de embarcarse en una

gran tarea y, luego, de vivir una vida en común, en una relación de amistad profunda.

Pero en esa ocasión, Pedro vive un momento de extraordinaria lucidez, un momento que, con la gracia de Dios, debe producirse —bien en un instante, o en una experiencia prolongada— en la vida de cada uno de nosotros. Pedro conjuga, efectivamente, la idea genérica del verdadero Dios, aunque un Dios siempre misterioso, con la presencia de Jesús. Esa persona, ese Jesús de Nazaret, es el Mesías, el enviado de Dios, su verdadero Hijo, su revelación en la historia.

Es imposible describir lo que Pedro debió de experimentar en aquel momento: el que le llamaba, el que le confiaba aquella tarea, el que le ofrecía su amistad era el Hijo auténtico de Dios. El mundo religioso de Pedro, su religiosidad genérica y predominantemente conceptual se centra ahora en la persona, en el rostro de Jesús; y adquiere una actualidad, una viveza y un poder formidable, que le traspasa como un rayo. Todo lo que había escuchado en las explicaciones de la sinagoga, toda la realidad de Dios que había podido conocer, las grandes teofanías del pasado, la maravillosa intervención de Yahvé en favor del pueblo elegido, toda la historia de salvación se le hace presente y cobra actualidad.

Dios no permanece callado, ya no es el Dios lejano e inaccesible que, en su existencia, no se preocu-

pa del hombre. Dios, el Señor de los ejércitos, el Santo, el Bendito, el Creador de cielo y tierra está ahí, delante de Pedro, en la persona de Jesús.

Y ahora, Pedro, con la más profunda emoción, puede reflexionar: Realmente, soy objeto del amor de Dios. El me ha elegido; ese Dios que vive un amor apasionado por el hombre histórico.

De ese modo, ha captado el punto que unifica todos sus conocimientos dispersos sobre el mundo de lo divino, porque lo tiene ahí, de frente, como propuesta de amistad. Por eso, recibe de Jesús el reconocimiento de su verdadera identidad: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia», tú que has entendido que el verdadero Dios es el Dios de Jesús puedes recibir una identidad nueva —Pedro-piedra—, que es una misión específica y está intrínsecamente vinculada con este nuevo conocimiento del verdadero rostro de Dios.

Es una experiencia singular, maravillosa, raíz de todas las que vendrán en el futuro. Como la experiencia posterior de Pablo en el camino de Damasco, cuando el Dios teórico se le revela en Cristo resucitado, que invade toda su vida con una fuerza avasalladora. En el momento en que Jesús confía a Pablo su misión específica, el antiguo fariseo comprende su identidad real y qué es lo que debe hacer en adelante, ve cuáles han sido sus errores pasados y cómo debe leer, con una mentalidad nueva, la historia del

mundo y de la humanidad. Se trata de un conocimiento de Dios que es, simultáneamente, «conversión-vocación-misión», aceptación de un nuevo horizonte interpretativo que le obliga a reflexionar sobre todas sus convicciones, a partir de aquel encuentro con el Resucitado.

Ahora deberíamos escuchar a Pedro, que nos transmite su experiencia:

—Mi historia no es exclusivamente mía, o de Pablo, o de los grandes santos. Es también tuya, porque es una experiencia de Dios, de tu Dios; del Dios de tus progenitores, de tu padre, de tu madre, de tus hermanos, de tu familia, de tu historia, de toda la Iglesia. Tu Dios es el que se te revela en Jesús crucificado y resucitado, que te confía tu misión específica, que quiere ser tu maestro y tu amigo, que quiere revelarte el misterioso rostro del Padre, que está dispuesto a responder a tus interrogantes más íntimos, a todas tus expectativas, a tus esperanzas, a tu necesidad de una vida plena y realizada en plenitud.

Y nosotros podríamos, tal vez, preguntarle: Pero, ¿cómo puede sucederme esto a mí, que no recorro los caminos de Galilea, que no remiendo mis redes en el lago de Tiberíades, que no voy hacia la región de Cesarea de Filipo? ¿Cómo puedo encontrar yo a Jesús?

Y Pedro nos explicaría que, si Jesús ha entrado en la historia, ha sido precisamente para encontrar, siglo tras siglo, a todo hombre, a toda mujer, y dar a todos su momento oportuno. Serán momentos más intensos o más relajados, momentos fulgurantes o más bien tranquilos, en los que la vida discurre con calma. Eso no importa. Lo que vale es que el encuentro con Cristo —que se produce radicalmente en el bautismo y se prolonga en los sacramentos, en la oración, en la escucha de la Palabra, en la vida de la Iglesia— es nuestra propia historia, el modo en el que Dios quiere ser un Dios para mí, en el que quiere manifestarme su rostro como se lo reveló a Pedro.

El error más grave que podemos cometer en nuestra vida, la tentación más astuta de Satanás en la que podemos vernos enredados, es pensar que Dios no se preocupa de nosotros. Y es que Satanás no descansa, no deja de susurrárnoslo continuamente: No eres digno, no eres suficientemente capaz; tus pecados de antes continuarán en el futuro; eres indolente; y el encontrarse con Jesús es algo así como un auténtico privilegio. Pero la realidad es que el Evangelio nos ofrece toda clase de seguridades de que Jesús es también para cada uno de nosotros, para todo hombre y para toda mujer que vive en nuestro mundo.

El encuentro con él deberá ser nuestra experiencia; es más, ya lo es. En él es donde conocemos a Dios, donde experimentamos esa llamada que nos

lleva a la salvación, donde nos damos cuenta de lo que constituye nuestra verdadera identidad.

La experiencia del encuentro con Cristo

En nuestra reflexión privada, tratemos de recordar los momentos en los que nos hemos acercado más a esta experiencia.

¿En qué situaciones personales he captado con mayor viveza la iniciativa de Dios como gracia que él me concedía en Jesús? ¿Qué es lo que más puede ayudarme a superar esa sensación de distancia, esa visión genérica que el enemigo siembra en mí con respecto a la acción de Dios? ¿Qué mecanismos pueden hacerme comprender la actuación de Dios como un acontecimiento que me toca directamente?

Hay personas que no son conscientes de haber vivido la experiencia de un encuentro con Cristo, Hijo del Padre; de hecho, sólo en la oración personal, o en el diálogo con otros, descubren ese tesoro inapreciable de un profundo conocimiento del Dios vivo, por medio de Jesús. Otras, en cambio, tienen que trabajar y esforzarse pacientemente, con todos los medios a su alcance, para llegar a esa experiencia, que puede hacerse realidad en cualquier momento de la vida. Pedro, por ejemplo, antes del episodio de Cesarea de Filipo, tuvo que abandonar las redes,

seguir a Jesús, entender el discurso de las Bienaventuranzas y la oración del «Padrenuestro», hasta descubrir de repente el profundo significado de todas esas cosas.

En cualquier caso, lo verdaderamente importante es saber adónde vamos y adónde queremos llegar, quién es el que nos ha llamado y cuál es nuestra vocación.

Lo importante es comprender que Dios nos llama a un encuentro personal con él, un encuentro único e irreplicable en el que él mismo pronuncia nuestro nombre y revela nuestra más profunda identidad, un encuentro que transformará nuestra existencia de manera absolutamente inesperada e imprevisible. Esto es el Evangelio, la Buena Noticia. Un evangelio que deberá llenarnos de admiración, de alegría, de gratitud, porque es presencia del amor y de la salvación que Dios *me* ofrece, precisamente *a mí*.

Que cada uno se pregunte qué valor tiene para su propia vida el verdadero conocimiento de Dios y de Jesús, qué relación tiene con su vocación específica, y qué es lo que Jesús le sugiere para asociarse internamente al extraordinario camino de Pedro.

Pidamos a la Virgen que nos ayude a discernir nuestra llamada frente al misterio de ese Dios que tiene sus planes para cada uno de nosotros; que ella nos ayude a orar:

«Señor, tú conoces nuestra incapacidad absoluta para hablar de ti; nuestras palabras son siempre tan vacilantes, tan imprecisas, tan aproximativas. Tú eres la única Palabra; sé tú también nuestra palabra, la de cada uno de nosotros.

Jesús, manifiéstate a nosotros como Palabra de vida, para que lleguemos a reconocer que tú eres el sentido, el único significado de nuestra existencia, que tú nos das la vocación que decidirá nuestro camino. Tú que eres transparencia, brillo y reverberación del Padre, haz que, al contemplar tu rostro de crucificado vivo por la resurrección, podamos ver al Padre; que, escuchándote a ti, podamos escuchar al Padre, porque tú eres la Palabra última, la definitiva, en la que se contienen las aspiraciones más íntimas del ser humano.

Jesús, manifiéstate a nosotros en toda tu humanidad y en toda tu divinidad. Haz que podamos comprenderte como el Absoluto, el Perfecto, el Eterno, el Inmenso, la Verdad, el Amor, la Justicia, el colmo de nuestros más íntimos deseos, la meta de todas nuestras esperanzas, el fundamento de toda nuestra vida, de todos los átomos de nuestro cuerpo, de nuestros pensamientos, gestos y acciones.

Señor Jesús, Palabra de Dios hecha carne, amigo y hermano nuestro, haz que en ti se nos

revele el Dios Uno y Trino, el que es todo en todas las cosas, el dueño de la vida y la muerte, del tiempo y de la eternidad, de la alegría y del dolor, de la noche y del día.

Tú, Señor, eres el fin último de nuestra existencia, porque tú eres el Amor».

3. Las pruebas de la vocación de Pedro

La llamada de Pedro no implica sólo el movimiento de un proceso ascendente, sino también el contrapunto de la prueba, de la equivocación, de la falsedad.

Y es que, efectivamente, el destino del hombre y su progresión en el conocimiento de Dios y de sí mismo están erizados de conflictividad, de drama, de disgregación.

Por eso, pienso que toda presentación de la figura de Pedro debe pasar, necesariamente, por una tranquila reflexión sobre las pruebas a las que se vio sometido, sobre todo en estos tres momentos:

— El primero es la continuación del episodio sobre el que acabamos de reflexionar, en el que Pedro proclama solemnemente a Jesús como Hijo del Dios vivo.

— El segundo nos conducirá a la triple negación de Pedro durante la pasión de Jesús.

— Y el tercero será el encuentro del apóstol con el Resucitado a orillas del lago de Genesaret.

Jesús como un obstáculo para Pedro

El evangelio según Marcos añade a la solemne proclamación de Pedro:

«Tú eres el Mesías», un episodio realmente dramático:

«Entonces Jesús les prohibió terminantemente que hablaran a nadie acerca de él. Y empezó a enseñarles que el Hijo del hombre debía padecer mucho, que sería rechazado por los ancianos, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley; que le matarían, pero a los tres días resucitaría. Les hablaba con toda claridad.

Entonces Pedro lo tomó aparte y se puso a increparle. Pero Jesús se volvió y, mirando a sus discípulos, reprendió a Pedro, diciéndole:

—¡Apártate de mí, Satanás! Porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres» (Mc 8,30-33).

El episodio es, sin duda, sorprendente. Como acabamos de indicar, Pedro, en virtud de una iluminación extraordinaria, ha reconocido en Jesús el verdadero rostro de Dios. Pero evidentemente, no ha comprendido que la sabiduría divina pasa por la humilla-

ción y la humildad, por el sufrimiento, la pobreza y la cruz.

1. Difícilmente puede expresarse la idea que Pedro se hace de Jesús frente a una predicción tan chocante como la de la pasión y muerte del Maestro.

La vocación de Pedro se ve sometida a una de sus pruebas más terribles, porque, en cierto sentido, ve a Jesús como un obstáculo. Tal vez, hasta se siente decepcionado:

—Pero, ¿cómo es posible? Yo acepté inmediatamente tu llamamiento, dejé mi profesión, mis redes y te seguí para ayudarte a llevar a cabo tu misión de instaurar el reino; me acabas de decir que querías edificar sobre mí tu Iglesia, hemos vivido momentos de una intensa amistad; y ahora, de repente, vas y dices que serás rechazado, repudiado, traicionado, incluso asesinado. ¿Por qué?

Hay otros episodios bíblicos que pueden ayudarnos a comprender más profundamente el asombro y la perplejidad de Pedro.

Leamos, por ejemplo, la narración de la misteriosa lucha nocturna de Jacob con el ángel. Jacob encuentra un obstáculo que le impide continuar su viaje más allá del río:

«Jacob se quedó solo. Un hombre luchó con él hasta despuntar la aurora. Viendo el hombre

que no le podía, le tocó en la articulación del muslo, y se la descoyuntó durante la lucha. Y el hombre le dijo:

—Suéltame, que ya despunta la aurora.

Jacob replicó:

—No te soltaré hasta que no me bendigas.

El le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Respondió:

—Jacob.

El hombre dijo:

—Pues ya no te llamarás Jacob, sino Israel, porque has luchado contra Dios y contra los hombres, y has vencido» (Gn 32,25-29).

Los Padres de la Iglesia y los escritores místicos han interpretado frecuentemente esa terrible lucha nocturna como una imagen de la lucha con Dios en la oración. Hay momentos en los que todo parece oscuro. Y nos preguntamos: ¿Es éste el objeto de mi vocación? ¿Es esto lo que Dios quiere de mí?

La vocación se nos oscurece, las motivaciones se esfuman, no se entiende absolutamente nada. Y nos vemos envueltos en la impenetrable oscuridad de la noche.

También en los Salmos encontramos frecuentemente la expresión de esa dolorosa experiencia que nos humilla y nos deprime:

«¿Hasta cuándo, Señor, me tendrás olvidado?

¿Hasta cuándo me ocultarás tu rostro?

¿Hasta cuándo he de andar angustiado,
con el corazón apenado todo el día?

¿Hasta cuándo prevalecerá mi enemigo?

¡Mira y atiéndeme, Señor, Dios mío!

Conserva la luz de mis ojos

para que no caiga en el sueño de la muerte.

Que no diga mi enemigo: '¡Le he podido!',
ni se alegren mis adversarios al verme sucumbir»

(Sal 13,2-5).

«¿Se ha agotado completamente su amor?

¿Se ha acabado su promesa eternamente?»

(Sal 77,9).

«Me encuentro completamente abatido.

Señor, ¿hasta cuándo?»

(Sal 6,4).

Pedro vacila. Siente que debe continuar, que debe mantenerse firme; pero no sabe cómo. Quiere permanecer fiel; pero el comportamiento de Jesús con él traiciona, aparentemente, la orientación de toda su vida, la propuesta que le había hecho. En una palabra, Jesús se le presenta como un obstáculo, como

un escollo, como un misterio que supera todas sus expectativas, sus sueños y hasta sus esperanzas.

Pedro toma aparte a Jesús para no ponerle en ridículo ante los demás, y sus palabras de reproche están dictadas por el amor y sus profundos vínculos de amistad. ¿Por qué, pues —se pregunta Pedro—, Jesús le ha llamado «Satanás»?

En realidad, Pedro tiene que dar un salto cualitativo; sin embargo, no encuentra razones lógicas para seguir confiándose a su Maestro. Así nos sucede a todos; tarde o temprano, tendremos que pasar por una prueba análoga. Podrá venirnos de la Iglesia, de la comunidad, del pueblo que se nos ha confiado; tal vez provenga de las circunstancias tristes y dolorosas que tienen que afrontar nuestros seres queridos. Todas éstas son situaciones de las que no podemos salir con el solo recurso de la evolución progresiva del conocimiento. Tendremos que aceptar la ruptura, la debilidad de nuestra comprensión, la revelación del misterio de Dios como totalmente distinto de nuestro modo de pensar: «¡Apártate de mí, Satanás! Porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres».

Hasta aquel momento, la vida de Pedro transcurría tranquilamente, su familiaridad con Jesús no le creaba ningún problema; ahora, en cambio, experimenta la ruptura, y se da cuenta de que su amor por el Maestro debe purificarse aún más. Es la prime-

ra prueba trágica de su camino vocacional y de su adhesión a Jesús.

2. A pesar de todo, Pedro no se aleja, no rompe con Jesús, sino que continúa con él, con el que un día, junto al lago de Genesaret, le llamó para que le siguiera, y más tarde le confirió su misión y le reveló su verdadera identidad.

Podría ser útil releer en el Evangelio según Juan las palabras con las que Pedro ratifica su adhesión a Jesús. Después del conocido discurso de la sinagoga de Cafarnaún sobre «el pan de vida», algunos discípulos se atreven a criticar al Maestro, tildando su enseñanza de «inadmisible». Y el evangelista comenta:

«Desde entonces, muchos de sus discípulos se retiraron y ya no iban con él. Jesús preguntó a los Doce:

—¿También vosotros queréis marcharos?

Simón Pedro le respondió:

—Señor, ¿a quién iríamos? Tus palabras dan vida eterna.

Nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios» (Jn 6,66-69).

También en este caso se produce una situación de grave escándalo, de auténtica ruptura. Es probable que ni el mismo Pedro haya llegado a comprender el discurso sobre «el pan de vida»; sin embargo,

intuye que debe poner su confianza en Jesús, Palabra viviente, y pronuncia con la mayor convicción esas bellísimas palabras.

Jesús como un extraño para Pedro

Leemos en el evangelio según Marcos la narración del proceso de Jesús ante el Sanedrín. Interrumpiendo su relato, el evangelista nos cuenta la situación de Pedro:

«Mientras Pedro estaba abajo, en el patio, llegó una de las criadas del sumo sacerdote. Al ver a Pedro calentándose junto a la lumbre, se le quedó mirando y le dijo:

—También tú andabas con Jesús, el de Nazaret.

Pedro lo negó diciendo:

—No sé ni entiendo de qué hablas.

Salió afuera, al portal, y cantó un gallo.

Lo vio de nuevo la criada y otra vez se puso a decir a los que estaban allí:

—Este es uno de ellos.

Pedro lo volvió a negar.

Poco después, también los presentes decían a Pedro:

—No hay duda. Tú eres uno de ellos, pues eres galileo.

El comenzó entonces a echar imprecaciones y a jurar:

—Yo no conozco a ese hombre del que me habláis.

En seguida, cantó el gallo por segunda vez. Pedro se acordó de lo que le había dicho Jesús: ‘Antes de que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres’, y rompió a llorar» (Mc 14,66-72).

Mientras en el otro episodio del evangelio según Marcos —el que comentábamos antes— Jesús se presentaba a Pedro como un obstáculo contra el que podía luchar, esta segunda prueba es más radical. Jesús se convierte para Pedro en un extraño: «No conozco a ese hombre, no sé quién es».

Quisiera subrayar una cosa. La respuesta de Pedro no está dictada simplemente por una sensación de miedo; en el fondo, afirma veladamente algo que es verdad. Pedro expresa la convicción de que su Maestro le ha decepcionado, que le ha llevado a un punto que él jamás habría podido imaginar; y por eso puede decir sinceramente que no le conoce. Da la impresión de que los vínculos con Jesús se han roto, produciendo una especie de laceración existencial. Pedro ha llegado al límite en el que el hombre ya no reconoce a su Dios; la misma situación límite a la

que llegó Jesús en la cruz, cuando se le escapó aquel grito: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

La prueba es realmente extrema. Estamos al límite de la purificación del espíritu, al límite del misterio más tenebroso.

Y hay que saber que el hombre no llega a vivir una experiencia verdaderamente profunda de la divinidad, si no pasa, al menos en alguna ocasión, por esta prueba límite, si no se ve al borde del abismo de la tentación más agobiante, si no siente el vértigo del precipicio del más desesperado abandono, si no se encuentra absolutamente solo, en la cima de la soledad más radical.

A este propósito, me vienen a la mente algunas frases de santa Teresita del Niño Jesús sobre su personal «noche de la fe»:

«El Señor —escribe la santa— permitió que mi alma fuera invadida por las más densas tinieblas y que el pensamiento del cielo, tan dulce para mí, se me convirtiese en una lucha de indecible tormento. La prueba no debía durar sólo unos días o unas cuantas semanas, sino que habrá de terminar únicamente cuando lo disponga Dios misericordioso... y aún no ha llegado ese momento. Quisiera expresar claramente lo que pienso, pero, ¡ay de mí!, creo que es imposible. Sólo el que ha viajado por este

impenetrable túnel puede entender la oscuridad... [Me parecía estar] sentada a la mesa de los pecadores, de los impíos... Creo que en el curso de este año he hecho más actos de fe que en toda mi vida» (MA 276-278).

No se trata de una experiencia exclusivamente individual, sino que reproduce la sensación de tantas personas a las que Dios ha conducido a un conocimiento íntimo de su misterio personal. No es un conocimiento que nazca de uno mismo, sino que procede de Dios, porque es precisamente él quien lo infunde en el corazón del hombre.

Por consiguiente, el que está llamado a vivir la fe en plenitud y a participar en la misión de Cristo debe descubrir poco a poco, y en su propia persona, que a Dios no podemos manejarle ni modelarle a nuestro gusto, porque nuestra llamada es exclusivamente un don que nos viene de él, que no podemos poseer la Palabra, la oración, la vocación, la vida moral, el propósito de seguir fielmente los consejos evangélicos, etc., porque todo es don gratuito, pura gracia de Dios.

Pedro vive la experiencia humana de forma extrema, hasta de pecado y de culpa, como señal de la prueba impuesta a todo bautizado: una prueba de oscuridad, de incertidumbre, de infidelidad, de miedo al abandono, de ocultación del rostro de Dios en la tierra y en el cielo.

El camino del hombre está salpicado de lucha contra Satanás, que se empeña a fondo en tentarle. Y no se puede recorrer un camino de vocación sin participar, de una u otra manera, en la experiencia de la debilidad, de la fragilidad innata, de la traición. Tenemos que entender, de una vez, que Jesús es exclusivamente don del Padre, y no fruto de nuestros sueños, de nuestras fantasías.

El Evangelio nos da claro testimonio de los momentos difíciles por los que tuvieron que pasar los discípulos, para que podamos confrontarnos con ellos, para que comprendamos que en nuestro viaje hacia la madurez de la fe y de la vocación se nos cruzarán momentos luminosos y momentos sombríos. Es más, estoy plenamente convencido de la necesidad de orar, con el deseo de que, cuando también a nosotros nos llegue nuestra hora, seamos capaces, con la ayuda de la Virgen y de los apóstoles, de reconocerla como tentación, aunque a veces se manifieste en realidades triviales e insignificantes, en sensaciones de malhumor o en cualquier clase de contratiempos.

Sólo aceptando con humildad y con paciencia la situación de lejanía con respecto al misterio de Dios y al enigma de nuestra llamada, podremos purificarnos y liberarnos de nuestra condición carnal; sólo así estaremos dispuestos a reconocer el rostro del amor del Padre en Jesús crucificado, en el don supremo de la vida hasta morir en cruz, y así también nosotros

tendremos la satisfacción de dar la propia vida por nuestros hermanos.

Jesús devuelve la confianza a Pedro

En último lugar, podemos preguntar a Pedro por lo que sintió al encontrarse de nuevo con Jesús junto al lago de Galilea, después de la resurrección.

Empecemos por leer el texto del evangelio según Juan, donde se nos cuenta que, una noche, un grupo de discípulos de Jesús salieron de pesca, pero no lograron pescar nada:

«Al clarear el día, se presentó Jesús en la orilla del lago, pero los discípulos no le reconocieron. Jesús les gritó:

—Muchachos, ¿habéis pescado algo?

Ellos contestaron:

—¡No!

El les dijo:

—Echad la red al lado derecho de la barca y pescaréis.

Ellos la echaron, y la red se llenó de tal cantidad de peces que no podían moverla. Entonces, el discípulo a quien Jesús tanto quería le dijo a Pedro:

—¡Es el Señor!

Al oír Simón Pedro que era el Señor, se ciñó un vestido, pues estaba desnudo, y se lanzó al agua. Los otros discípulos llegaron a la orilla en la barca, tirando de la red llena de peces, pues no era mucha la distancia que los separaba de tierra; tan sólo unos cien metros.

Al saltar a tierra, vieron unas brasas con peces colocados sobre ellas, y pan. Jesús les dijo:

—Traed ahora algunos de los peces que habéis pescado.

Simón Pedro subió a la barca y sacó a tierra la red llena de peces; en total eran ciento cincuenta y tres peces grandes. Y, a pesar de ser tantos, la red no se rompió. Jesús les dijo:

—Venid a comer.

Ninguno de los discípulos se atrevió a preguntar: '¿Quién eres tú?', porque sabían muy bien que era el Señor. Jesús se acercó, tomó el pan en sus manos y se lo repartió; y lo mismo hizo con los peces.

Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a sus discípulos, después de haber resucitado de entre los muertos.

Después de comer, Jesús preguntó a Pedro:

—Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?

Pedro le contestó:

—Sí, Señor, tú sabes que te amo.

Entonces Jesús le dijo:

—Apacienta mis corderos.

Jesús volvió a preguntarle:

—Simón, hijo de Juan, ¿me amas?

Pedro respondió:

—Sí, Señor, tú sabes que te amo.

Jesús le dijo:

—Cuida de mis ovejas.

Por tercera vez insistió Jesús:

—Simón, hijo de Juan, ¿me amas?

Pedro se entristeció, porque Jesús le había preguntado por tercera vez si le amaba, y le respondió:

—Señor, tú lo sabes todo. Tú sabes que te amo.

Entonces Jesús le dijo:

—Apacienta mis ovejas. Te aseguro que, cuando eras más joven, tú mismo te ceñías el vestido e ibas a donde querías; pero, cuando seas viejo, extenderás los brazos y será otro quien te ceñirá y te conducirá a donde no quieras ir.

Jesús dijo esto para indicar la clase de muerte con la que Pedro daría gloria a Dios. Después añadió:

—Sígueme» (Jn 21,4-19).

No voy a proponeros una meditación sobre esta página preciosa, una de las más bonitas del Evangelio. Sólo quiero que consideréis este encuentro entre Jesús y Pedro, después de la dolorosa triple negación del apóstol.

Yo sintetizaría el mensaje de este encuentro en una simple frase: Jesús devuelve la confianza a Pedro.

Pedro ha pasado por la prueba, ha sido acrisolado a fuego, y está purificado de sus perplejidades, de su fragilidad, de sus temores. Ahora puede experimentar a Jesús como el Dios que le devuelve la confianza; ahora puede comprender su vocación —aquella primera llamada a orillas del lago— como don gratuito de Dios, no como orgullosa conquista de su propia fidelidad. Abandonado a sus propias fuerzas, Pedro sólo es capaz de equivocarse y de caer una y otra vez en el error.

Quisiera llamar vuestra atención sobre la finura con la que Jesús se acerca a Pedro. No le dice: «Bueno, Pedro, que ya pasó todo; olvidémoslo, corramos un velo, y como si no hubiera pasado nada». Ni tampoco: «Pedro, qué poco vales. Pero no importa; vamos a seguir adelante».

Al contrario. La actuación de Jesús pone de nuevo en marcha los resortes más profundos de la personalidad de Pedro, aquel entusiasmo que le había hecho seguir a Jesús sin pensárselo dos veces, aquel amor del que había dado muestra en tantas ocasiones. Precisamente sobre ese amor versa la pregunta de Jesús, que devuelve a Pedro la confianza en sí mismo y le hace comprender que la mirada misericordiosa del Maestro supera con creces lo sucedido en el pasado, y penetra hasta el fondo de su corazón renovando el fuego del amor.

En este episodio, Jesús devuelve a Pedro su verdadera identidad. Al mismo tiempo, toca el punto más sensible que subyace a nuestra debilidad, a nuestro pecado, a nuestra fragilidad, y que nos cualifica porque es ahí donde descubrimos que Dios nos ama y que estamos abiertos a su salvación. En este punto precisamente es donde se inserta nuestra vocación y donde crece el verdadero conocimiento de Dios y de Nuestro Señor Jesucristo.

Hasta que el hombre no alcanza esas profundidades, su conocimiento de Dios es meramente superficial. Sin embargo, cuando, a través de la prueba y del proceso de purificación, el hombre llega a percibir su propia personalidad, la fuente que, por la potencia del Espíritu Santo, le regenera en su interior, entonces ve cómo se restaura su identidad de hijo, amado por el Padre y por Jesús.

Por consiguiente, la experiencia de un gran amor es la que interroga a Pedro sobre su propio amor, destapando en él un dinamismo secreto, más auténtico que su indolencia, que su infidelidad, que su misma tiniebla.

Podríamos decir que, en el lago de Tiberíades, Jesús se manifiesta como salvador de la humanidad de Pedro; una humanidad que podía haberse visto destruida por la negación, que podía haber quedado rota y frustrada para todo el resto de su vida, encerrada en su propia negatividad. Pero Jesús la rescata de entre las ruinas, la despierta y la reconstituye en su prístina condición.

Pedro nos podría decir: He experimentado a Jesús realmente como un Dios que salva, como el que me ha devuelto mi personalidad y mi propio ser, como el que me ha devuelto a Dios. Y con su invitación «¡Sígueme!», que no era más que un eco de aquella que me dirigió por primera vez junto al lago, ha edificado mi vocación sobre los cimientos más sólidos de mi propia naturaleza, allí donde mi alma y el soplo creador del Espíritu Santo se funden en cerrada unidad.

Pues bien, eso es lo que realiza Dios en nosotros mediante el rito del bautismo, y lo que renueva continuamente en el sacramento de la reconciliación, si lo vivimos con fe y en clima de tranquilo diálogo con

Jesús salvador, con Jesús médico, con un Jesús que nos conoce y que nos ama.

Por medio de la Iglesia se nos ofrece la posibilidad de encontrarnos con la transparencia de ese Cristo que amó a Pedro hasta el fondo y que le volvió a llamar después de su caída.

Indicaciones para un examen de conciencia

O s sugiero sencillamente un par de preguntas, que podrán servir de guía para un examen de conciencia en vuestra intimidad personal:

1. Primera pregunta: ¿Sé reconocer las pruebas como tales? Se trate de cosas mínimas, o realmente serias, lo importante es reconocerlas y no considerarlas exclusivamente como una molestia enojosa. Si sabemos que son verdaderas pruebas, seremos capaces de entender el sentido de los acontecimientos; entonces podremos preguntarnos: ¿Qué es lo que Dios pretende de mí en esta situación dolorosa que me causa tanto sufrimiento? ¿Cómo puede ayudarme esa situación a madurar como hombre y como cristiano?

2. Segunda pregunta: ¿Cómo me ayuda el sacramento de la reconciliación en mi camino vocacional? ¿Despierta en mí la conciencia de mi bautismo, que

me habla de un Dios que se manifiesta en la intimidad más profunda de mi persona?

La confesión sacramental, es decir, la experiencia de la liberación, no se reduce simplemente a una enumeración de pecados. La confesión es el lugar en el que toda mi vida se pone en manos de la Iglesia y, por su medio, es aceptada como tal por Cristo y reconstruida por su gracia.

4. Pedro, ¿sabes lo que quieres?

«**S**eñor, envíanos tu Espíritu para que podamos conocer nuestro verdadero camino.

Tenemos necesidad de ti, Espíritu Santo, para que nuestro corazón, inundado de tu consuelo, pueda abrirse a tus inspiraciones, por encima de nuestras palabras, más allá de nuestras ideas.

Que sepamos experimentar tu presencia en la Iglesia y en cada uno de nosotros, porque tú eres permanentemente nuestro huésped y no dejas de modelar en nosotros la imagen de Jesús. Iluminanos para captar tu continua acción en nuestra historia humana, en sus caminos sinuosos hacia el conocimiento de la verdad. Tú que edificas en la historia el Cuerpo místico de Cristo, tú que inspiras el testimonio de la fe, llénanos de paz y de esperanza incluso en medio de las dificultades y de tantas tribulaciones como nos rodean.

También a ti, María, madre de la Iglesia, que viviste en ti misma la plenitud embriagadora del Espíritu Santo, te pedimos que abras nuestro corazón y nuestra mente a su potencia

transformadora, de modo que nuestros pensamientos, nuestras palabras, nuestros gestos sean una actitud abierta para acoger dentro de nosotros a ese único y santo Espíritu.

Te lo pedimos, Padre, en comunión con todos los santos, en nombre de tu Hijo, Jesucristo, nuestro Señor. Amén».

La reflexión sobre la figura de Pedro nos ha mostrado que hay una relación inseparable entre la fe en Dios y el seguimiento de Jesús. Efectivamente, el sujeto de una vocación se dispone a programar toda su vida según el plan de Dios.

Pues bien, nuestro interés ahora consiste en conocer mejor la experiencia del día a día de Pedro, porque, en realidad, son tres los elementos que, por decirlo así, constituyen nuestra personalidad individual: el primero, la vocación a la fe, como llamada fundamental enraizada en nuestro bautismo; el segundo, la vocación a una forma específica de seguimiento; y el tercero, la vocación a la santidad, o sea, a un determinado estilo de vida cotidiana.

Por consiguiente, fe y seguimiento influyen en ese estilo cotidiano y, al revés, un correcto estilo de vida permite un enfoque del problema de la vocación desde su justo punto de vista: cómo y para qué he sido llamado, en orden a dedicar mi vida —dentro de mi historia personal— al servicio de Jesucristo.

El tema de la meditación de hoy va a ser la vocación a la santidad. La base de nuestras reflexio-

nes será la experiencia y la predicación de Pedro, es decir, su propio testimonio sobre el grado de madurez de su fe, de su compromiso de seguir a Jesús y de su santidad de vida.

Entre los numerosos textos evangélicos sobre el tema, he escogido cuatro exhortaciones morales que podemos titular así:

- El pecado está dentro de nosotros (Mc 7,17-23).
- Vigilancia contra las insidias del enemigo (1 Pe 5,6-10).
- La fraternidad (1 Pe 3,8-12).
- La preparación de la mente (1 Pe 1,13).

El pecado está dentro de nosotros

Empezamos por leer el texto del evangelio según Marcos:

«Cuando Jesús dejó a la gente y entró en casa, sus discípulos le preguntaron por el sentido de la comparación. Jesús les dijo:

—¿De modo que tampoco vosotros entendéis? ¡No comprendéis que nada de lo que entra en el hombre puede mancharle, puesto que no entra en su corazón, sino en el vientre, y va a parar al estercolero?

Así declaraba puros todos los alimentos.

Y añadió:

—*Lo que sale del hombre, eso es lo que mancha al hombre. Porque es de dentro, del corazón de los hombres, de donde salen los malos pensamientos, fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, codicias, perversidades, fraude, libertinaje, envidia, injuria, soberbia e insensatez. Todas estas maldades salen de dentro y manchan al hombre» (Mc 7,17-23).*

El pasaje es uno de los textos fundamentales para la catequesis, porque quita al mal su carácter de fatalidad y hace posible la liberación del hombre.

En el mundo contemporáneo se ha ido difundiendo la convicción de que las circunstancias externas son las que hacen necesariamente malas a las personas. Pero Jesús enseña que todo lo que calificamos de impuro sale del corazón, de la sede de la voluntad. El hombre es malo por lo que quiere y elige, no por lo que le viene del exterior.

Por tanto, la moralidad del acto humano se mide esencialmente por la elección; y el texto de Marcos nos propone toda una lista de opciones negativas. Es un catálogo que, de buenas a primeras, nos parece más bien ajeno a nuestra experiencia, pero que, en realidad, subraya actitudes que nos conciernen muy de cerca, que constituyen la raíz de nuestros pecados.

No podemos examinar esas categorías una por una, pero puede ser útil considerar algunas de ellas.

1. La última de las opciones negativas que nos presenta el texto de Marcos se describe como *insen-*

satez, en griego *aphrosyne*. ¿Qué significa esa actitud? Lo podremos ver examinando algunos de los muchos casos en los que el Nuevo Testamento emplea esa palabra. Por ejemplo, en el evangelio según Lucas, concretamente en Lc 11,40, se llama *insensatos* a los fariseos, porque se preocupan más de las acciones exteriores que de las intenciones del corazón. Es, por tanto, una clase de *incoherencia* en la que a menudo también nos vemos implicados nosotros mismos. Otro texto de Lucas presenta como *insensato* a un rico cuyos campos le habían producido una gran cosecha:

«Entonces empezó a pensar: ‘¿Qué puedo hacer? Porque no tengo dónde almacenar mi cosecha’. Y se dijo: ‘Ya sé lo que voy a hacer; derribaré mis graneros, construiré otros más grandes, almacenaré en ellos todas mis cosechas y mis bienes, y me diré: Ahora ya tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe y pásalo bien’. Pero Dios le dijo: ‘¡Insensato! Esta misma noche vas a morir. ¿Para quién va a ser todo lo que has acaparado?’ Así le sucede a quien atesora para sí, en lugar de hacerse rico ante Dios» (Lc 12,17-21).

Jesús reprueba al que hace planes y proyectos sin preocuparse de Dios ni de su voluntad; es decir, reprocha la conducta del que da excesiva importancia a las cosas puramente externas.

Nosotros mismos nos encontramos fácilmente en una actitud semejante, que puede llevarnos al peca-

—¿Por qué estáis aquí todo el día sin hacer nada?

Le contestaron:

—Porque nadie nos ha contratado.

El les dijo:

—Id también vosotros a la viña.

Al atardecer, el dueño de la viña dijo a su administrador:

—Llama a los obreros y págales el jornal, empezando por los últimos hasta los primeros.

Vinieron los de media tarde y cobraron un denario cada uno. Cuando llegaron los primeros, pensaban que cobrarían más; pero también ellos cobraron un denario cada uno. Al recibirlo, se quejaban del dueño, diciendo:

—Estos últimos han trabajado sólo un rato y les has pagado igual que a nosotros, que hemos soportado el peso del día y del calor.

Pero él respondió a uno de ellos:

—Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No quedamos en un denario? Toma lo tuyo y vete. Si yo quiero dar a este último lo mismo que a ti, ¿no puedo hacer lo que quiera con lo mío? ¿O es que tienes envidia [tu ojo es malo] porque yo soy bueno?» (Mt 20,1-15).

El *ojo malo* es mirar con *envidia* a los demás, molestarse porque a los otros se les reconocen más méritos que a mí. Si nos examinamos con atención, veremos que también nosotros acariciamos esa actitud que nos impulsa a dar la razón a los trabajadores de primera hora.

El «ojo malo» es la raíz de esa pasión terrible que, a veces, roe toda una existencia. En vez de alabar y dar gracias a Dios por todas las maravillas que realiza en nuestros hermanos, por los dones que otorga al prójimo, nos vemos como víctimas, nos sentimos ofendidos frente al que tiene más que nosotros. Entonces se desata la imaginación y nacen las críticas, las murmuraciones, como una especie de compensación afectiva por las carencias y sinsabores que experimentamos en nuestro interior. Todo eso es profundamente antievangélico, porque nos vuelve obtusos para comprender la auténtica verdad que nos transmite el Evangelio.

Creo que las consideraciones sobre estas tres actitudes pueden bastar para que lleguemos a reconocer sinceramente que la raíz de nuestro mal la llevamos dentro, en nuestro corazón; lo único que falta para que el mal aflore a la superficie es la oportunidad. Pero el remedio está en nuestra mano: acercarnos debidamente al sacramento de la reconciliación, de modo que no nos contentemos con confesar lo que a primera vista, o sea, en superficie, se nos pre-

senta como pecaminoso, sino poniendo en manos de Cristo las profundidades más íntimas de nuestro corazón, para que se nos curen los más sutiles recovecos.

Si el pasaje de Marcos, por una parte, pone de manifiesto nuestra distancia con relación al modo de vida de Jesús, por otra, nos lleva a comprender que el reconocimiento de esa distancia, de esa inadecuación, es el único modo para dejar que sea la propia actuación de Cristo la que realmente nos cure y nos libere.

Estar alerta para vencer al enemigo

Creo que la experiencia de Pedro podría, tal vez, iluminarnos sobre este punto:

—He llegado a conocer en profundidad el corazón del hombre, porque, a la luz de esta enseñanza del Maestro sobre lo puro y lo impuro, me puse a examinar las raíces de mi propia debilidad y, una vez descubiertas, las puse por escrito con la gracia de Dios.

Y eso es lo que hace en su primera carta, en la que nos ofrece esta exhortación:

«Humillaos bajo la poderosa mano de Dios, para que os encumbre en su momento. Con-

fiadle todas vuestras preocupaciones, puesto que él se preocupa de vosotros.

Vivid con sobriedad y estad alerta. El diablo, vuestro enemigo, ronda como león rugiente buscando a quien devorar. Enfrentaos a él con la firmeza de la fe, sabiendo que vuestros hermanos dispersos por el mundo soportan los mismos sufrimientos.

Y el Dios de toda gracia, que os ha llamado a su eterna gloria en Cristo, después de un corto sufrimiento os restablecerá, os fortalecerá, os robustecerá y os consolidará» (1 Pe 5,6-10).

Estas palabras nos permiten comprender al hombre en su más profunda verdad: hay un enemigo real, el diablo, que nos acecha continuamente.

A veces hablamos con muchas reticencias sobre la acción de Satanás, pero, de hecho, no es posible reflexionar seriamente sobre la historia sin contar con esa presencia del adversario, que el Nuevo Testamento no duda en llamar «acusador y calumniador».

En nuestro mundo hay ciertas fuerzas que tratan de abatir al hombre y llevarle a su autodestrucción, y que se expresan inequívocamente en determinadas formas de degradación y de automortificación que todos conocemos de sobra.

Para enfrentarnos con esa realidad, es necesaria una vigilancia constante; y Pedro lo sabe muy bien

por experiencia. Si bajamos la guardia, tal vez por cansancio o por pereza, o incluso por ignorancia, fácilmente caemos en un estado de dispersión que nos provoca graves tensiones; y de la tensión pasamos al disgusto, y de aquí a la rabia contra nosotros mismos; y de la rabia al pesimismo, que nos lleva a ver nuestro horizonte con los tintes más negros. Y así, la vocación pierde consistencia.

¿Cómo se expresa, entonces, la vigilancia? Pedro nos dice que hay que resistir al enemigo «con la firmeza de la fe», es decir, con la oración y la contemplación frecuente, con sensibilidad para reconocer en seguida y cortar de raíz todo miedo, toda clase de pesimismo, y poder así reorientar nuestra mirada hacia el horizonte de la fe. Si queremos mantenernos fieles a la llamada de Jesús que nos invita a su seguimiento, tendremos que liberarnos radicalmente de la obsesión por los pequeños problemas.

Para ello contamos con la ayuda del Espíritu Santo que combate dentro de nosotros contra la acción de Satanás, que nos conforta, nos consuela y nos da ánimos, que ensancha nuestro corazón y nuestra mente, que abre nuestra inteligencia a la comprensión de la realidad global en la que los pequeños problemas cotidianos encuentran su verdadero sitio y adquieren su justa perspectiva.

La fraternidad

Las exhortaciones precedentes tocan ciertos peligros de la vida cotidiana. Por eso, podría resultar muy útil detenernos ahora en la consideración de dos enseñanzas positivas que se refieren a dos aspectos muy importantes que conviene tener presentes.

La primera de esas enseñanzas concierne a la fraternidad. Sobre este punto escribe Pedro:

«Finalmente, tened todos el mismo pensar; sed compasivos, fraternales, misericordiosos y humildes. No devolváis mal por mal, ni ultraje por ultraje; al contrario, bendecid, pues habéis sido llamados a heredar la bendición» (1 Pe 3,8-9).

Este pasaje nos revela el profundo conocimiento del corazón humano que Pedro había llegado a poseer. Es una invitación a ser *homóphrones*, o sea, unidos en el pensar y en el sentir. Es como si dijera: Lo que da unidad a la Iglesia, y concretamente a la comunidad local, es el profundo conocimiento contemplativo de un Jesús humilde, misericordioso y rico en perdón, la escucha común de la Palabra de Dios, y la actitud de respeto mutuo. Esforzaos por vivir en clima de fraternidad, amaos sinceramente como hermanos, comprendiendo de corazón las vivencias y los sufrimientos de los otros. Abrid vuestras capacidades

de aceptación recíproca, con la humildad del que se pregunta qué puede hacer por el bien de la comunidad, de la Iglesia.

Esta exhortación nos ofrece un par de principios para examinar cómo vivimos nuestra relación con los demás miembros de la comunidad, o sea, cómo nos comportamos en el ámbito en el que nuestra vocación se pone a prueba, y en el que la sinceridad se manifiesta y se expresa incluso a pesar de sus imperfecciones.

La preparación de la mente

La segunda recomendación positiva se nos propone en otro pasaje de esa misma carta de Pedro:

«Así pues, con la mente preparada para el servicio, manteneos vigilantes y poned toda vuestra esperanza en la gracia que os traerá la manifestación de Jesucristo» (1 Pe 1,13).

Se enuncia el tema de la preparación, que atraviesa toda la vida del seminario y, de modo más genérico, el camino que ha de seguir toda forma específica de la vocación bautismal.

En el texto griego, la expresión «con la mente preparada» adquiere un graficismo mucho mayor, porque se formula con una imagen típicamente oriental: «Ciñendo, pues, los flancos de vuestra mente». En

el mundo de entonces, el que se disponía a correr o a trabajar solía levantarse el vestido y se lo ceñía a la cintura con un cinturón. La metáfora, tomada del Antiguo Testamento, se aplica aquí a la mente, entendida como la parte del hombre que actúa como instrumento organizativo y orientador de la experiencia, y que, por consiguiente, debe estar preparada para el ministerio evangélico.

Para un apóstol, o para cualquier responsable de la Iglesia, esta clase de preparación es fundamental y debe ser continua, porque la Palabra de Dios se anuncia en un contexto tan complejo y sofisticado como el de nuestro mundo contemporáneo. Sin el trabajo de la mente, el hombre se pierde en un dédalo de ideas, de filosofías y de proposiciones; y el resultado es que se acobarda o, más aún, cae en la trampa o incluso se vuelve escéptico.

Si se tratara de una vida exclusivamente individual o limitada a un ámbito restringido, no se necesitaría un grado elevado de cultura; pero el sacerdote está llamado a dar testimonio público del Evangelio en un mundo marcado por mentalidades diversas y hasta contradictorias, que requieren un profundo y sacrificado ejercicio de la inteligencia.

En mi opinión, ese ejercicio es una virtud que escasea notablemente en nuestra sociedad. Muchas veces nos contentamos con vivir de grandes consignas, de frases hechas y repetidas hasta la saciedad; y

no es fácil emitir un juicio apropiado sobre la realidad tangible. El cristiano sólo podrá mantenerse firme en su fe, si desarrolla plenamente su capacidad, que es don divino, de amar a Dios con todo su corazón y *toda su mente*.

Por eso, Pedro insiste en que, igual que ejercitamos el corazón y las fuerzas físicas, debemos también ejercitar y cultivar la mente, y dejar que maduren en nuestro interior las experiencias y las propuestas, partiendo de la escucha de la Palabra de Dios y reflexionando sobre ella con inteligencia.

Con ese espíritu debemos afrontar el tiempo de preparación. Y no para obtener unos resultados inmediatos, sino para crecer verdaderamente en una auténtica comprensión de la realidad.

5. La vocación de Pedro y la Eucaristía

«**S**eñor, nos postramos en espíritu ante tu presencia en medio de la zarza ardiendo; nos postramos, en compañía de Pedro, ante tu Hijo, Jesús resucitado.

Abrenos los ojos para que podamos ver tu gloria. Manifiesta, Padre, tu poder en medio de nosotros para que podamos ver que tu Reino ya está presente, para que podamos conocer que la vida eterna ya está en nuestras manos como prenda de la salvación definitiva, para que podamos comprender la grandeza del amor eterno que ya poseemos desde ahora en esperanza y como primicia, compartiéndolo con la Iglesia dispersa por el mundo y con todos los hombres y mujeres que te buscan con corazón sincero, que buscan tu rostro en el de tu Hijo, Jesucristo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén».

Cualquier reflexión sobre una vida acorde con el Evangelio no puede prescindir de la Eucaristía. Por eso, quisiera presentar ahora los hilos que unen las meditaciones precedentes con la Eucaristía, que es

donde se puede ver la síntesis —ciertamente, no verbal ni lógica— de nuestras vivencias espirituales.

Pedro y la Eucaristía

Ante todo, habría que observar que Pedro no supo vivir la Eucaristía de una manera auténtica; más aún, ni siquiera llegó a entenderla. Por eso, no estaría mal releer dos textos evangélicos, uno de Marcos y otro de Juan.

1. El primer pasaje es la demostración más palmaria de que Pedro entendió mal la Eucaristía; y hasta tal punto que, desde el mismo momento de su institución, parece que las cosas empezaron a precipitarse. Pero vamos a escuchar el texto:

«Durante la cena, Jesús cogió un pan, pronunció la bendición, lo partió, se lo dio y dijo:

—Tomad, esto es mi cuerpo.

Cogió luego una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio y bebieron todos de ella. Y les dijo:

—Esta es mi sangre, la sangre de la alianza, que se derrama por todos. Os aseguro que yo no beberé más del fruto de la vid hasta el día en que lo beba nuevo en el reino de Dios.

Después de cantar los himnos, salieron hacia el monte de los Olivos. Jesús les dijo:

—Todos vais a fallar, porque está escrito: 'Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas'. Pero después de resucitar, iré delante de vosotros a Galilea.

Pedro le replicó:

—Aunque todos fallen, yo no.

Jesús le contestó:

—Te aseguro que hoy, esta misma noche, antes de que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres.

Pedro insistió:

—Aunque tenga que morir contigo, jamás te negaré» (Mc 14,22-31).

Ya decíamos el otro día que, en el momento de la predicción de la pasión, Pedro experimentó a Jesús como obstáculo, como escándalo. En realidad, hay situaciones en las que Jesús aparece como una piedra de tropiezo. Ya lo decía él mismo: «¡Dichoso el que no encuentre en mí motivo de tropiezo!» (Mt 11,6), el que no me vea como barrera, como obstáculo para continuar su camino.

Sin embargo, Pedro se siente ya fortalecido, seguro de no poder fallar. Por eso protesta: «Yo no me escandalizaré, pase lo que pase; aunque mis compañeros te vean como un muro, como una barrera, yo seguiré siéndote fiel, comprenderé tus planes». Y Jesús no puede menos de replicarle: «Te aseguro que

hoy, esta misma noche, antes de que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres». Pero Pedro insiste una y otra vez, se enfada, protesta, quiere que le crean. Y es que, en realidad, no ha entendido el significado profundo de la Eucaristía.

La Eucaristía es apertura, aceptación del sacrificio de Cristo que muere en cruz para salvarme. Pedro, en cambio, con la mayor arrogancia, quiere ser otra vez el centro: «Por ti haré lo que sea; y ten por seguro que soy capaz de ello, que tengo todas las posibilidades de ayudarte».

2. El segundo pasaje es del evangelio según Juan:

«Era la víspera de la fiesta de Pascua. Jesús sabía que le había llegado la hora de dejar este mundo para ir al Padre. Y él, que había amado a los suyos, que estaban en el mundo, llevó su amor hasta el fin.

Estaban cenando. Y ya el diablo había metido en la cabeza a Judas Iscariote, hijo de Simón, la idea de traicionar a Jesús. Entonces Jesús, sabiendo que el Padre le había entregado todo, y que de Dios había venido y a Dios volvía, se levantó de la mesa, se quitó el manto, tomó una toalla y se la ciñó a la cintura. Después echó agua en una palangana y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla que llevaba a la cintura.

Cuando llegó a Simón Pedro, éste se resistió:

—Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?

Jesús le contestó:

—Lo que estoy haciendo, tú no lo puedes comprender ahora; lo comprenderás después.

Pedro insistió:

—Jamás permitiré que me laves los pies.

Entonces Jesús le respondió:

—Si no te lavo los pies, no podrás contarte entre los míos» (Jn 13,1-8).

Ya sabemos que este relato del lavatorio de los pies, que sólo está en el cuarto evangelio, sustituye —por decirlo así— al relato de la institución de la Eucaristía en los evangelios sinópticos. Los signos materiales de pan y vino se sustituyen por otro signo: el lavatorio de los pies.

Pues bien, en este caso, Pedro tampoco entiende el sentido. Por eso, rechaza decididamente el gesto de Jesús. Y por un motivo, en su opinión, perfectamente justificable: un servicio tan bajo no es digno del Maestro; a lo sumo, él preferiría lavarle él mismo a Jesús los pies. Es decir, que Pedro no acepta que Dios tome la iniciativa para servir al hombre.

Esa misteriosa incompreensión de Pedro nos enseña lo difícil que es entrar realmente en el corazón del misterio eucarístico. Tenemos que asimilar internamente la Eucaristía, recibirla como el sostén de

nuestro camino, y repensarla todos los días para que pueda manifestarse con toda su potencia.

Pidamos, pues, a Pedro que nos ayude a interpretar correctamente el misterio de la Eucaristía; no como él lo interpretó en la última cena, sino como lo fue madurando en su interior a base de dificultades, de sufrimientos y de ejercicio humilde de su ministerio apostólico.

Sin duda, él nos indicará tres aspectos, que podríamos tomar como resumen de nuestra reflexión durante estos días:

- Eucaristía y vocación a la fe.
- Eucaristía y vocación personal histórica.
- Eucaristía y vocación a la santidad.

Eucaristía y vocación a la fe

¿Qué relación hay entre la Eucaristía y la vocación radical de nuestro bautismo, que consiste en creer y en aceptar el don de Dios? ¿Cómo expresa la Eucaristía nuestro propio ser, cómo nos permite vivir y acrecentar dentro de nosotros esa actitud fundamental que nos invita a comprender el camino del hombre como respuesta, como consentimiento al amor de Dios?

Pedro podría respondernos que con la Eucaristía, con el esfuerzo por comprender su significado, se nos

recuerda continuamente que es Dios el que se revela al hombre, y no el hombre el que descubre a Dios. No celebramos la Eucaristía como símbolo de nuestras ansias de Dios o de nuestra comunión fraterna, porque ninguno de nosotros puede ofrecer el cuerpo de Cristo, sino que es Jesús el que se ofrece a sí mismo, y es Dios el que se nos manifiesta de un modo tan inesperado e imprevisible.

De ahí la importancia sustancial de la adoración eucarística. En ella, el hombre se descubre a sí mismo como oyente de la Palabra, como «hecho», como creado por Dios, como un ser por el que la Palabra hecha carne se inmoló en la cruz.

Así es como la Eucaristía y la vida de fe discurren por sendas paralelas. La vida de fe, tomada en serio, conduce necesariamente a la Eucaristía; y ésta, a su vez, no se puede aceptar y vivir de veras, si no es ensanchando continuamente el horizonte de la fe.

Eucaristía y vocación personal histórica

De la dinámica de la propia fe brota la pregunta fundamental de todo cristiano: ¿Cómo debo seguir a Cristo? ¿Cómo y dónde, Señor, quieres que yo te sirva? ¿En qué situación histórica deberé poner al servicio de la Iglesia visible la abundancia de tus dones?

La respuesta es clara: en la Eucaristía, lugar en el que Cristo llama desde su cruz. No hay llamada, fuera de la cruz. En el pan partido, en la copa ofrecida, Jesús repite el gesto de su más absoluto despojo; y así, en su condición de siervo, como pobre y humilde crucificado, Jesús nos llama. A esa luz tenemos que pensar nuestra vocación, y siempre habrá que compararla con ese punto de referencia. Ese Jesús, al que adoramos en la Eucaristía y recibimos en el sacramento, es el que viene como Hijo, como don de Dios, para confiarnos, como encargo, su propia misión.

La Eucaristía subraya que nuestra vocación histórica no es una mera autorrealización personal, sino que consiste en parecernos a Cristo, en ser, como él, don absoluto y dedicación suprema a los demás. El misterio eucarístico nos enseña que nuestra vocación histórica en la Iglesia se mide por la autodonación y el servicio. La recomendación de Jesús que nos transmite el Evangelio según Lucas: «Haced esto en conmemoración mía» (Lc 22,19) no es simplemente una invitación a celebrar la entrega del cuerpo de Jesús, sino más bien una exhortación a entregarnos a nosotros mismos en cuerpo y alma, en conmemoración activa de su muerte.

Responder a mi vocación equivale a dar una respuesta positiva a la llamada del Señor que se entrega en la cruz por mí, a la llamada del que se me da

como alimento, del que se pone a mi disposición. Eso quiere decir que la vocación histórica de cada uno de nosotros es la sede de la disponibilidad. Por consiguiente, jamás podremos experimentar la profunda satisfacción de ser nosotros mismos, o sea, de manifestarnos en nuestra más auténtica identidad, si no nos adaptamos a la capacidad de servicio propia de Jesús.

En resumidas cuentas, tenemos que entregar nuestro cuerpo y sangre por nuestros hermanos, tenemos que dejarnos comer y consumir. Sólo así seremos capaces de realizar plenamente nuestra humanidad. La realización histórica de nuestra vocación personal se hace efectiva en un servicio en el que realmente nos damos cuenta de que nos consumimos, de que estamos a disposición de los otros, como el Jesús eucarístico se consume y está a disposición de todos.

Pedro da testimonio de que la Eucaristía, así contemplada, suscita en nosotros aquellas actitudes evangélicas que nos ayudan a discernir nuestra llamada, o sea, a entender qué atractivos son verdaderamente auténticos y nos disponen a servir con amor y con alegría, y cuáles, por el contrario, son mundanamente falaces y nos llevan a aprovecharnos de los demás, a arrebatar y usurpar sus derechos, a manipularlos a nuestro antojo, y a acumular para nosotros mismos toda clase de privilegios.

Pedro nos dice que la Eucaristía, vivida con seriedad, se convierte en una continua corrección de

nuestros errores vocacionales y en una sana rectificación de nuestra búsqueda de horizontes.

Eucaristía y vocación a la santidad

¿Qué nos enseña la Eucaristía sobre nuestro estilo cotidiano de vida, que es la expresión más auténtica de nuestra vocación cristiana?

A mi parecer, nos recuerda dos puntos importantes, dos verdades de incuestionable trascendencia:

1. La primera es que nuestro quehacer diario no es otro que seguir a Jesús, y que, ya desde ahora, podemos ser santos.

Efectivamente, al recibir la Eucaristía y al procurar vivirla en nuestra actividad diaria, tenemos todo, no nos falta nada, es decir, tenemos ya la vida eterna. Lo que vivo y experimento hoy —la fatiga, el estudio, el trabajo, los acontecimientos de este día concreto— es el Reino de Dios dentro de mí. Y si tomamos conciencia de que estamos realmente inmersos en la gracia de Cristo que se nos concedió en el bautismo y se acrecienta en la Eucaristía, podemos llegar a la plenitud, a la santidad.

Cristo me llena por completo; y si le tengo a él, no tengo nada que desear. Y eso quiere decir que la Eucaristía, mientras nos abre a la vocación del futu-

ro, es decir, a la contemplación de Dios cara a cara, nos enseña a gustar aquí la alegría y el don de cada momento presente. Hoy es, por tanto, el día más feliz de mi vida, porque, en la comunión, Jesús se me entrega totalmente, sin reservas, dando así su sentido último a todos mis encuentros, a mis actividades, a mis pequeños sacrificios, a mis humillaciones, a mis cansancios que ya no me parecen tales; y aunque alguna vez llegue a sentir su peso, me resultarán una ocasión de gozo, y no un motivo de lamento.

Nuestra vida no es algo meramente provisional o incompleto; si lo percibimos así, es porque sólo contemplamos su figura histórica. Pero en realidad, en el fondo de nuestro interior, es una vida que está en manos del Cristo de la Eucaristía y que, por consiguiente, ya está escondida, con él, en Dios.

No podemos vivir con el aburrimiento o con el vacío del que, por ejemplo, espera la llegada del tren que viene con retraso. La Eucaristía que recibimos diariamente nos da la seguridad de que, ya desde ahora, nuestra vida es santa y, hasta cierto punto, una vida en plenitud.

Si no somos conscientes de esa fantástica e increíble realidad, perderemos el tiempo miserablemente, sin darnos cuenta de las enormes posibilidades de vivir momentos de verdadero gozo, de una auténtica y plena satisfacción.

2. Otra verdad que nos enseña la Eucaristía es que nuestra vida alcanza su plenitud en la Iglesia, cuerpo de Cristo. Por la celebración eucarística entramos en comunión con toda la Iglesia; y puesto que la Iglesia es toda la humanidad que se deja atraer por Cristo, la Eucaristía nos pone en comunión con la totalidad de la raza humana.

Efectivamente, por medio de la Eucaristía nos hacemos partícipes de los sufrimientos, de las esperanzas, de las alegrías, de los caminos de todos los hombres y mujeres del mundo, que son llamados a recibir el mismo cuerpo y sangre de Cristo como alimento cotidiano.

La Eucaristía crea en nosotros la conciencia de formar parte de un solo cuerpo. Y esto es un principio básico de nuestra identidad, porque no somos un conjunto de mónadas aisladas que buscan fatigosamente su destino final, sino, más bien, miembros de un Cuerpo injertados en una comunidad viva. El signo de que formamos parte de una comunidad, la garantía de nuestra condición de miembros es, precisamente, la comunión eucarística; por ella, el mundo entra en nuestro interior, se ensanchan nuestra oración, nuestra entrega, nuestro sacrificio, toda nuestra vida, y cobran dimensiones de universalidad. Así, la Eucaristía nutre nuestra vocación cotidiana a la santidad, y confiere dignidad perfecta a lo que de modo imperfecto vivimos en nuestro caminar histórico.

Es más, la Eucaristía nos pone en comunión con la Iglesia celeste, con María, Madre del Señor, con todos los santos y con todos los que ya nos han precedido en su aceptación plena del amor de Dios manifestado en Jesucristo. Por la Eucaristía entramos en contacto real con los que ya viven la plenitud definitiva y, en cierto modo, participamos en su visión contemplativa de la realidad de Dios.

Pidamos a la Virgen y a todos los santos su poderosa intercesión para que nuestro camino histórico discurra siempre bajo el signo de la Eucaristía, resumen y síntesis de lo que hemos tratado de comprender en estos días de reflexión sobre la figura de Pedro.

Conclusión:

El camino de Pedro, símbolo del camino humano

La contemplación de la figura de Pedro nos ha permitido comprender cómo su camino —que, en definitiva, es el camino de todo hombre— ha discurrido en una triple dirección: llamada a la fe, llamada a una tarea histórica en la Iglesia, llamada cotidiana a la santidad. Tres realidades que están íntimamente relacionadas y que hay que tener siempre presentes.

El hombre, que por naturaleza busca a Dios, está llamado a la fe, aunque en su intento de respuesta no puede menos de experimentar dudas, incertidumbres y dificultades.

Pero también está llamado a expresarse de un modo particular en la historia, como una participación en la propia personalidad de Jesús. Es la elección de una vocación específica —matrimonio, sacerdocio, vida consagrada— que, sin embargo, está enraizada en el bautismo.

Por otra parte, esa misma participación en la existencia terrestre de Jesús reclama esencialmente un

estilo de vida conforme al Evangelio, o sea, al espíritu de las Bienaventuranzas; es la llamada a la santidad.

Todo esto vale también para la Iglesia, en cuanto comunidad. No es posible una Iglesia santa que, sin embargo, sea incapaz de reconocer su vocación en determinados momentos de la historia; y tampoco es posible una vocación histórica, si no se da paralelamente una actitud de fe, de abandono en la Palabra.

El camino de Pedro es, por consiguiente, un símbolo de los caminos de la humanidad hacia el Reino, un símbolo de toda peregrinación a la casa del Padre.

Por eso, yo os sugeriría una confrontación frecuente con la vida y las enseñanzas del apóstol Pedro, para saber en qué etapa del camino os encontráis en cada momento.

Ya el mero hecho de plantearse esta pregunta indica que se está en tensión, que no nos contentamos con lo de siempre, con la intolerable monotonía cotidiana, sino que tendemos hacia algo «mejor» y que, sin presunciones de ninguna clase, sin perfeccionismos absurdos o esfuerzos inútiles de imaginación, tenemos la seguridad de que el Espíritu Santo nos descubrirá eso «mejor» y nos llevará a reconocer lo que aún nos falta y que, sin embargo, podemos conseguir razonablemente, y lo que, por el contrario, aún sigue siendo objeto de deseo, de grito desgarrado

en la oración, de sufrimiento tantas veces insoportable.

Jamás será lícito desmoronarse ante las frustraciones o ante el cansancio interno aceptado como única y definitiva solución.

Lo que se nos pide es olvidar el pasado y lanzarse decididamente al futuro, «correr hacia la meta, hacia el premio al que Dios me llama desde lo alto, por medio de Cristo Jesús» (cf. Flp 3,13-14).

De hecho, no se nos pedirá nada que no podamos realizar humildemente y con la gracia de Dios, con el esfuerzo cotidiano, con simplicidad de corazón, con paciencia, escuchando a nuestros hermanos, y perdonándonos mutuamente.

Por mi parte, ruego al Señor que lo que he vivido con vosotros en estos días de retiro espiritual sea un estímulo para mí, de modo que pueda continuar con esperanza mi propio camino.

Y que sea igualmente un estímulo para todos y cada uno de vosotros, que os dé la certeza de que la esperanza nunca falla, y que el Espíritu Santo actúa siempre en nosotros con su indefectible poder.

Si somos constantes en la contemplación de Jesús, tanto en los días más serenos como en los más tempestuosos, él vendrá en nuestra ayuda, nos tomará de la mano y se nos hará contradictizo, para que

podamos llegar a su presencia y experimentar el gozo del encuentro.

«¡A él la gloria ahora y por siempre. Amén!»
(2 Pe 3,18).

Índice

Prólogo	7
Introducción: Entrar en la oración de Jesús	13
¿Qué es la oración?	16
Cómo entrar en oración	18
1. Pedro, ¿quién eres tú?	23
Un viaje hacia la interioridad	24
Preguntemos a Pedro	25
Lectio: Las palabras clave de Mt 14,22-33 .	28
Meditatio: En diálogo con el apóstol	31
Contemplatio	42
2. Pedro, ¿quién es para ti Jesús?	45
Presupuestos: Vocación y conocimiento del verdadero rostro de Dios	46
La primera llamada de Pedro	48
La segunda llamada de Pedro	56
La experiencia del encuentro con Cristo	62
3. Las pruebas de la vocación de Pedro	67
Jesús como un obstáculo para Pedro	68
Jesús como un extraño para Pedro	74

Jesús devuelve la confianza a Pedro	79
Indicaciones para un examen de conciencia	85
4. Pedro, ¿sabes lo que quieres?	87
El pecado está dentro de nosotros	89
Estar alerta para vencer al enemigo	96
La fraternidad	99
La preparación de la mente	100
5. La vocación de Pedro y la Eucaristía	103
Pedro y la Eucaristía	104
Eucaristía y vocación a la fe	108
Eucaristía y vocación personal histórica	109
Eucaristía y vocación a la santidad	112
Conclusión: El camino de Pedro, símbolo del camino humano	117